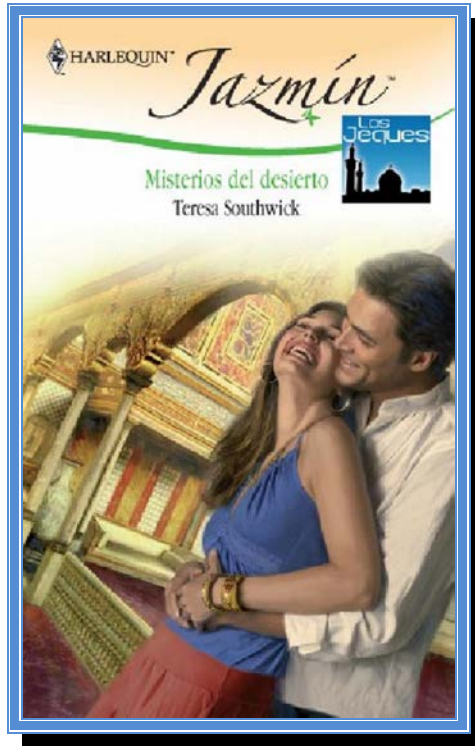


Misterios del desierto

Teresa Southwick
1º Hermanos Hourani



Misterios del desierto (2007)

Título Original: The Sheikh's reluctant bride 2007

Serie: 1º Hermanos Hourani

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2152

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kardahl Hourani y Jessica Sterling

Argumento:

¿Podría descubrir al hombre que se escondía bajo su fachada de playboy y colarse en su corazón?

Jessica Sterling acababa de descubrir un secreto que le cambiaría la vida. En un reino del desierto vivía la familia que no sabía que tenía. Lo que no imaginaba era que allí se encontraba también el hombre al que había sido prometida en matrimonio nada más nacer...

El jeque Kardahl Hourani era rico, guapo y arrogante. Estaba encantado de casarse, pero enamorarse no figuraba en los planes del príncipe del desierto.

Capítulo 1

– El miedo es mi amigo, el miedo es mi amigo...

Mientras el avión aterrizaba en la pista del aeropuerto de Bha'Khar, Jessica Leigh Sterling rezaba para que esa frase que repetía como un karma fuera verdad. El problema era que esa afirmación resultaba esencialmente falsa. Los pasajeros miedosos solían pasarlo peor en el despegue que en el aterrizaje, pero ella no era una pasajera normal. Ni aquél era un viaje normal.

Aquello no era como cuando, de niña, su madre se había puesto tan enferma que la habían enviado a un orfanato. No, era mucho peor. Era tan horrible como que una romántica empedernida creyese que podía conseguir lo que había deseado toda la vida para descubrir después que no era más que un sueño imposible.

Temía que fuera como aquel chiste: «Los que tengan familia, que den un paso adelante. No, tú no, Jessica».

Hay gente con la que uno compartía ADN pero que no querían saber nada, así que había que olvidarse de pedirles un riñón o un trasplante de médula ósea.

Oh, por favor estar a punto de conocer a alguien que había conocido a su madre, alguien a quien podría importarle ella precisamente por esa conexión. Podría. Pero quizá no. Y Jessica tenía miedo porque la familia a la que estaba a punto de conocer vivía a miles de kilómetros de California, al otro lado del mundo.

Pero los posibles beneficios de esa reunión eran más importantes que el miedo y, aunque esenciales, los riñones y la médula ósea no eran, por el momento, el asunto. Eran cosas sencillas lo que Jess necesitaba. Como por ejemplo, saber de dónde había salido su pelo moreno y sus ojos pardos.

Y, sólo por esa vez, ¿no podía ser la vida un poco romántica? Por eso era por lo que había ido allí.

Mientras el avión se deslizaba tranquilamente hacia un grupo de edificios, se dio cuenta por fin de que aquello era de verdad Bha'Khar, el país de su madre, el país del que Jess no había sabido absolutamente nada mientras Mary Sterling vivía.

La montaña de papeles que había tenido que cumplimentar para hacer aquel viaje era suficiente para volverse bizca y eso que el rey de Bha'Khar había enviado un ayudante para que agilizara el papeleo.

¿Por qué su madre había guardado en secreto su relación con la casa real de Bha'Khar? Jessica no habría sabido nada si un abogado del departamento de Servicios Sociales no se hubiera puesto en contacto con ella para informarle sobre una carta que había encontrado en un viejo archivo.

El rey de Bha'Khar le había enviado un avión privado, además.

Cuando se detuvo por fin y apagaron los motores. Jess se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó para estirar los doloridos músculos. Le habían

dicho que alguien iría a buscarla al aeropuerto, aunque eso no la tranquilizaba en absoluto.

De repente, se abrió la puerta del avión y un hombre alto con un elegante traje de chaqueta azul marino se dirigió hacia ella. Su rostro le resultaba familiar, aunque estaba segura de no haberlo visto nunca. Debía de tener unos treinta años y se movía con confianza y gracia, con cierto aire de poder. Su pelo negro rozaba el cuello de la camisa blanca y había en su expresión cierta arrogancia. Eso, mezclado con su nariz recta y la sensual curva de sus labios, denotaba una pasión que podría poner patas arriba el mundo de una chica. Sólo una cicatriz vertical sobre el labio y otra, en forma de media luna, sobre uno de sus altos pómulos deslucían ligeramente su masculina perfección. Y «deslucir» no era la palabra adecuada. Al contrario, esas imperfecciones le hacían parecer más atractivo.

—¿Jessica?

Esa sonrisa podría hacer que a una mujer normal le temblase el pulso. Su voz profunda y su atractivo acento hacían que su nombre sonase como una caricia.

—Sí, soy Jessica.

—Bienvenida a Bha'Khar —el hombre tomó su mano y se inclinó ligeramente para besarla.

Junto con el viaje en avión, aquello era nuevo para Jess. Los niños del orfanato en el que había crecido no solían relacionarse con hombres que besaban las manos de las mujeres. Y eso le hizo sentirse rara. Como aquella noche, después de que se la hubieran llevado del hospital donde estaba ingresada su madre, para compartir habitación con otras chicas que no tenían a nadie en el mundo. Toda aquella tristeza, aquella sensación de desconsuelo y vacío volvió a Jess en ese momento.

Pero entonces sintió el roce de los labios del hombre y ese roce despertó otros sentimientos que no tenían nada que ver con la pena.

—Gracias —consiguió decir.

—Por favor, disculpa mi franqueza, pero debo decir que no esperaba que fueses tan bella.

—Eh gracias.

Tenía que ser amable, se dijo. Al fin y al cabo, aquel debía de ser el hombre que iba a llevarla a la casa de sus parientes. Pero su instinto estaba en alerta roja. Tanta suspicacia era el producto de una infancia en la que había visto a su madre destruir su cuerpo por culpa del alcohol y su vida por la traición de los hombres. Jessica había aprendido a distinguir a un seductor desde que tenía diez años y aquel hombre era, definitivamente, un seductor.

Pero ese no era su problema. Seguramente sería otro de los ayudantes del rey y sólo estaba haciendo su trabajo. Después de llevarla con su familia, desaparecería.

—Espero que el viaje haya sido agradable —dijo el hombre, sin soltar su mano.

¿Agradable? Jess miró los asientos de suave piel.

—Ha habido algunas turbulencias. Pero el viaje ha estado bien aunque no puedo compararlo con nada. Ha sido mi primer viaje en avión.

— Ah. Entonces ya no es virgen... como pasajera, quiero decir.

Tampoco se había acostado nunca con un hombre. Muchos habían querido ser el primero, pero ella no había estado interesada. No creía que hubiera un solo hombre fiel en el mundo y mucho menos uno que la hiciese perder la cabeza, una desgraciada característica de la romántica empedernida era el anhelo de que un hombre le hiciese perder la cabeza lo cual hacía que su ser idealista y su ser racional estuvieran en constante conflicto. Ella quería un amor romántico total, un amor que se olvidara de la lógica. Pero, por el momento, no había encontrado nada de eso.

Aunque se le había encogido el estómago al sentir el roce de los labios del extraño. ¿Y si la hubiera besado en los labios? Jess sintió un cosquilleo al pensarlo. Pero aquel no era el momento. ¿Qué le había preguntado? Ah, sí, que tal el viaje.

Hora de borrar el comentario sobre lo de ser virgen y volver a una conversación normal e impersonal.

— Este avión es asombroso. Es como un salón volante.

— También hay un dormitorio — dijo él.

Y ella buscando un tema de conversación impersonal.

— Ya me he dado cuenta.

— ¿La cama te ha parecido cómoda?

Más cómoda que lo que el brillo de sus ojos le hacía sentir. Era como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo hubieran recibido una dosis de adrenalina.

— Todo ha sido perfecto.

— Estupendo. Hay un coche esperándolo te llevaré a palacio.

— ¿A palacio?

— ¿Quieres ir a algún otro sitio?

Ella habría querido decir que sí, ir a palacio no entraba en sus planes, incluso después de haber leído la carta de su madre. Recordaba su letra, tan familiar como siempre, aunque fuese lo último que había escrito su madre. Las palabras aún le dolían: Sé que lo hice casi todo mal en la vida, salvo quererte a ti.

Desde entonces había leído el mensaje una y otra vez, pero seguía sin creer que estuviera emparentada con la familia real de Bha'Khar.

— Seguro que el palacio está muy bien, pero...

¿Bien? Un palacio no podía estar sólo bien. Además, ella no era persona de palacios. A ella le gustaban las hamburguesas, las patatas fritas y los pantalones de chándal.

— ¿Pero?

– Es que pensé que iba a conocer a mi familia.

– Y eso vamos a hacer – dijo el –. Todo está arreglado. Mientras tanto, permíteme que te ayude a estar cómoda.

¿Cómoda? ¿Qué quería decir con eso? ¿Y cómo iba a estar cómoda entre extraños, por muy parientes suyos que fueran, si pertenecían a una casa real?

Cuando el hombre iba a darse la vuelta. Jess puso una mano sobre el brazo.

– Espera.

– ¿Algún problema?

El problema era que la mayoría de las niñas crecían soñando ser princesas, pero la fantasía normalmente se limitaba a los vestiditos y la tiara de plástico. No a vivir en un palacio con un rey y una reina.

– Quizá fuera mejor que me alojase en un hotel.

Él la miró, sorprendido.

– El rey y la reina se llevarían una decepción.

– Mira, en mi país decimos que es mejor parecer tonto que abrir la boca y demostrar que lo eres. Esto es más o menos lo mismo.

– Me gusta el dicho – rió el –. Pero tú no pareces tonta, de modo que no entiendo.

– El rey y la reina se van a llevar una decepción de todas maneras, pero si me alojo en el palacio seguramente haré además algo que los escandalice por completo.

Él negó con la cabeza.

– No tiene por qué ser así. Se tú misma.

– Eso es precisamente de lo que tengo miedo.

– No hay razón para tener miedo.

– Sí, yo creo que sí. Y esto es un ejemplo perfecto – replicó Jess, señalando el interior del avión –. Yo crecí en un piso de una habitación en un barrio pobre de Los Ángeles. No sé distinguir una gamba de un tenedor.

– Estás exagerando.

– Sí, pero tú me entiendes.

– Si fuera necesario que aprendieras esas cosas sencillamente, haz todo lo que yo haga. Prometo protegerte.

Jess estudió la aparentemente sincera expresión del hombre.

– Eso suena a «confía en mí».

– Exactamente.

– En mi país, cuando alguien dice eso lo mejor es no confiar.

– Eres un poco cínica, ¿no?

– Tengo buenas razones para serlo.

– Estaré encantado de escucharlas –sonrió él, mostrando unos dientes perfectos–. El rey y la reina están deseando conocerte.

– ¿En serio?

– Claro. Eres la nieta de sus queridos amigos, a la que han estado buscando tantos años.

– ¿Han estado buscándome?

– Por supuesto.

En la carta, su madre le confesaba que había quedado embarazada de un diplomático casado y que se marchó del país porque la vergüenza le impedía acudir a su familia. Jess había temido que esa familia no quisiera saber nada de ella y descubrir que habían estado buscándola hizo renacer sus esperanzas.

– Gracias –sonrió por fin.

¿Se habían presentado? ¿Estaba tan nerviosa que ni siquiera le había preguntado su nombre?

– Perdona, no sé cómo te llamas.

– No, es culpa mía. Soy Kardahl, el hijo del rey Amahl Hourani de Bha'Khar.

Ella lo miró, atónita. ¿Un príncipe? ¿Estaba hablando con un príncipe?

– Entonces, ¿estamos emparentados?

Él negó con la cabeza.

– No, nuestras familias no están emparentadas. Lo estuvieron hace cien años, pero la familia se dividió.

No había razón para sentirse aliviada por esa noticia y, sin embargo, Jess sintió cierto alivio hasta que descubrió por que el nombre le sonaba familiar. Lo había visto en una revista.

– ¡Eres el príncipe *playboy*!

¿Había dicho eso en voz alta? Oh, no, la expresión del príncipe le decía que sí.

– Veo que has estado leyendo revistas del corazón.

– No, no, yo no las compro, pero es difícil no verlas en las peluquerías y en la consulta del médico.

– Pues deberías elegir un médico que no comprase publicaciones de ese tipo.

– No puedo elegir –suspiró Jess. Aquella era la prueba de que vivían en planetas diferentes–. Mis niños van a un médico contratado por el Estado y no podemos decirle las revistas que puede comprar o no.

– ¿Tienes hijos?

– No, soy asistente social y cuida de niños que están a cargo del Estado.

– Ah, ya entiendo.

– Lo dudo. Probablemente tú no habrás tenido que preocuparte nunca por si vas a recibir o no atención medica si vas a cenar cada noche o si tendrás un sitio donde dormir.

– En eso tienes razón.

– ¿Cómo debo llamarte? ¿Alteza?

– «Él, que dirige el universo» es mi título preferido.

Jess parpadeó.

– Lo siento. ¿Era una broma?

– Eso pretendía, pero veo que no te ha hecho gracia.

Estaba sonriendo; una sonrisa encantadora, además. Jess tomó nota mental: aquel príncipe *playboy* tenía sentido del humor y eso era mucho más atractivo que su hermoso rostro. No sabía si sentirse agradecida por que su radar para los seductores estuviera funcionando o incómoda por haber heredado de su madre el imán para los *playboys*. La cuestión era que quería que un hombre le hiciese perder la cabeza, pero quería perderla por alguien que sinceramente la quisiera y los seductores nunca eran sinceros.

Acababa de confirmar que el príncipe era todo lo que ella no quería en un hombre. Aunque tampoco el intentaría seducirla. Según las revistas, su gusto en mujeres tiraba más bien por las modelos y las actrices. Y ella no era nada de eso.

– Mis amigos y mi familia me llaman Kardahl.

– Muy bien. Kardahl. Voy a buscar mis maletas.

– No te preocupes por eso –la interrumpió él, poniendo una mano en su cintura.

Jess podría haber jurado que el calor de sus dedos traspasaba la tela de la chaqueta, haciendo que se derritiera un poco. Probablemente porque olía tan bien. Había leído en alguna parte que el sentido del olfato era un arma poderosa en el arsenal de la seducción. Pero aquel seductor acababa de besar la mano de la única mujer en la Tierra que era completamente inmune a sus tácticas.

Kardahl se había percatado de la expresión suspicaz de Jessica cuando se presentó. Y de que se había apartado ligeramente cuando puso la mano en su cintura. Pero sus reservas le resultaban extrañas.

– Vamos.

Una vez fuera del avión, esperó hasta que ella entró en la limusina y luego supervisó el equipaje. Sólo llevaba dos maletas pequeñas. De nuevo, le pareció extraño. Según su experiencia, las mujeres solían llevar mucho más de lo que necesitaban a cualquier viaje y aquella chica estaba transportando toda su vida en dos maletitas. Muy extraño.

Kardahl se sentó a su lado y la miró. El escándalo que había precipitado su llegada a Bha'Khar era enteramente culpa suya. Había perdido a la única mujer a la que podría amar jamás y, cuando se cansó de que le dijeran que la vida seguía adelante, se lanzó de cabeza a vivir conquistando a muchas mujeres. Y se había hecho un experto en halagarlas. Aunque aquella chica era guapa de verdad. Su pelo, castaño con algunos reflejos dorados, caía por debajo de sus hombros, con mechones más cortos enmarcando una cara delicada y unos pómulos que revelaban su noble linaje. También había heredado unos labios generosos y, francamente, tenía la boca más deseable que había visto nunca.

– Háblame de ti.

– Ah, qué decepción.

– Sólo tienes que decirme quien te ha decepcionado y me encargare de que pague por ello – bromeó Kardahl.

– Mírate en el espejo – dijo ella, burlona –. Vamos, puedes hacer algo mejor que decir «háblame de ti».

– ¿Cómo?

– Mira, he oído algunas de las mejores frases para empezar una conversación con una chica: «aquí estoy, ¿tienes algún otro deseo?». O: «¿tienes una tirita? Me he caído al verte y me he arañado las rodillas». O, mi favorita: «¿crees en el amor a primera vista o quieres que salga y vuelva a entrar?».

Kardahl soltó una carcajada.

– ¿No crees que, sinceramente, quiera saber algo sobre tu vida?

– ¿Te funciona eso de la sinceridad?

Él la miró, atónito. Aquella chica era muy extraña. Revelarle su identidad debería haber aumentado el evidente interés que había visto en sus ojos cuando tomó su mano. Pero la expresión amistosa había desaparecido y ahora se mostraba escéptica, incluso suspicaz. Ésa era una reacción que no había visto nunca antes en una mujer. Y resultaba en cierto modo refrescante.

– Funciona bien, la verdad – sonrió –. Cuando pregunto, amable y sinceramente, sobre una mujer, ella suele recompensarme dándome información sobre sí misma. Información íntima incluso.

– Muy bien, entonces jugaré.

– ¿Jugar? ¿Estamos jugando?

– Pues claro – sonrió Jessica.

– Muy bien, si crees que esto es un juego, jugaré contigo.

– Ya me lo imaginaba.

– Bueno, y ahora cuéntame algo sobre tu vida.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

– Nací en Los Ángeles, California. Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Crecí en un orfanato, fui a la universidad y tengo un título en Trabajo Social. Eso, en resumen, es mi vida.

Kardahl recordó que su padre había enviado un investigador privado a Estados Unidos. Pero su indiferencia evitó que leyera el informe. Y ahora lo lamentaba.

– Sospecho que hay más de lo que me cuentas.

– Hay mucho que no te he contado, pero no es importante. Bueno, háblame de ti.

– Soy el segundo en la línea de sucesión al trono de Bha'Khar.

– ¿El heredero de repuesto?

– Algo así.

– O sea, que debes de ser algo así como el equivalente al vicepresidente en mi país.

– Supongo.

– Pero estas tan ocupado haciendo felices a cientos de mujeres por todo el mundo ¿de dónde sacas tiempo para prepararte?

– ¿Prepararme para qué?

– Para dirigir el país. Si tuvieras que hacerlo.

Tenía fama de mujeriego, sí, en parte merecida y en parte inventada. Pero nadie sabía que él mismo se encargaba de cultivar esa fama.

– Si fuera necesario, haría lo que tuviera que hacer, pero rezo para que no sea así porque mi hermano, Malik, un día será el rey de Bha'Khar.

– Ah, ya. Cuéntame más cosas.

– ¿Qué quieres saber?

– Quiero saber cómo alguien como tú, que ha nacido con tantas ventajas y oportunidades para hacer buenas obras, puede convertirse en un hombre obsesionado por las conquistas románticas.

Su tono era amistoso, pero las palabras no.

– Veo que tienes muy mala opinión sobre mí.

– Es fácil después de leer lo que publican sobre ti las revistas.

– ¿Crees todo lo que publican las revistas?

– Al menos tiene que haber parte de verdad o los habrías demandado por difamación. ¿Y cuántas veces se ha presentado una demanda sólo para demostrar después que la historia era cierta? Así que sí, creo lo que leo en las revistas. Aunque debo decir que no te pareces mucho al hombre que sale en las fotos.

– Los *paparazzi* no están interesados en hacerme fotografías favorecedoras. Su objetivo es hacer las peores.

Y no les importaba a quién hiciesen daño, pensó amargamente.

– Pues les das muchas oportunidades.

– Si tienes tan mala opinión de mí. ¿Por qué has aceptado venir a Bha'Khar?

– Tú sabes por qué. El representante del rey prometió hacer lo posible para que conociese a mi familia. Después de eso, pienso volver a mí casa y a mi trabajo como asistente social un trabajo relevante. Algo que seguramente tú no entenderías.

– Te equivocas –replicó él, que era ministro de Finanzas y Defensa–. Me interesan mucho los asuntos sociales.

Jess sonrió.

– No lo dudo, pero los servicios que tú ofreces son más que cuestionables.

Estaba juzgándolo sin conocerlo, pensó Kardahl, y eso empezaba a irritarlo de verdad.

Era como si intentara despertar alguna emoción en él, aunque esa emoción fuese negativa. Y si ése era su objetivo, iba a llevarse una desilusión. La pasión que había sentido una vez fue inmensa, una pasión que lo había consumido. Cuando perdió eso, lo perdió todo. Estaba vacío. Había aprendido a seguir adelante sin sentir nada en absoluto y Jessica Sterling no podía hacer o decir nada que le importase de verdad.

Ir a buscarla al aeropuerto era su obligación y en aquel caso una obligación provocada por una fotografía que habían tomado de él con una actriz casada. Con las negociaciones en proceso para que Bha'Khar se uniera a otras naciones en la Asociación de Libre Comercio, un escándalo en la familia real no sería tolerado. Como el ministro de Asuntos Exteriores había señalado, lo único que a los medios les gustaba más que una historia de sexo era una historia de sexo que incluyera una boda.

Pero ésa no era la razón por la que había sido solicitada la presencia de Jessica Sterling en Bha'Khar. La mujer a la que Kardahl había amado estaba muerta, junto con el hijo que iban a tener, y una parte de él había muerto con ellos. Ahora, para él, una mujer era igual que otra. Había dejado de importarle que el rey hubiese elegido a su esposa cuando era un niño. Su corazón se había vuelto de piedra.

Pero su confusión aumentaba. ¿Por qué decía que iba a volver a su trabajo? Eso explicaría que sólo llevase dos maletas pequeñas, pero...

– Alguien que hace promesas alegremente no debería señalar con el dedo a nadie.

– ¿Promesas? –repitió ella–. ¿De qué estás hablando? ¿Qué promesas?

– Las promesas que hemos hecho por poderes.

Jessica abrió muchos los ojos.

– No te entiendo.

Ni él tampoco. Pero era algo que sabía muy bien.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

– Eres mi mujer.

Capítulo 2

Tres horas antes, Jessica había temido que la familia a la que acababa de encontrar la rechazase por ser el resultado de un embarazo fuera del matrimonio. Ahora tenía que preocuparse de otras cosas, como por ejemplo una boda por poderes con un hombre que no conocía el significado de las palabras «fidelidad, dedicación y lealtad».

En la suite del palacio. Jess caminaba de un lado a otro frente a la terraza que daba al mar de Arabia mientras esperaba que Kardahl volviera y le dijese que todo era un tremendo error. Entonces se reirían un rato y ella podría hacer lo que había ido a hacer allí.

Al menos tenía una vista estupenda, pensó. Estupenda era decir poco. Era una vista magnífica. Y, aunque sentía la tentación de explorar el palacio, no quería perderse y que la pillasen cotilleando. Pero lo que podía ver desde allí era maravilloso. Y la propia suite era una preciosidad. Había dos sofás forrados en seda de color verde frente a una chimenea y cuadros, cada uno con su lucecita, colgaban de las paredes del espacioso y elegantísimo salón. Ella no sabía nada de Arte, pero diría que cada uno de ellos valía un dineral porque era imposible identificar lo que eran. Tan imposible como el lío en el que se encontraba metida.

¿Cómo podía estar casada sin saberlo? ¿Qué había sido del anillo de pedida, de las promesas, de las flores? Sus tacones repiqueteaban sobre el suelo de mosaico mientras iba a comprobar si la puerta estaba cerrada con llave. No era así, de modo que asomó la cabeza al pasillo para ver si había alguien haciendo guardia. No, comprobó, cerrando la puerta.

Pero eso no significaba que no fuera víctima de un extraño complot para venderla como esclava sexual. Había leído historias parecidas. Pero no, no podía ser. La familia real de Bha'Khar había aceptado acogerla bajo su ala hasta que pudiera ponerse en contacto con su familia ¿o no? Ella creía que los matrimonios por poderes habían desaparecido junto con los carruajes y los miriñaques.

Mientras intentaba decidir si el peso de sus maletas le impediría salir corriendo hasta el aeropuerto, la puerta se abrió y Kardahl entró en la suite.

– Tengo noticias.

– No estamos casados – dijo Jess.

– Al contrario – suspiró él, mostrándole un papel –. ¿Ésta es tu firma?

Jessica miró el papel, escrito en un idioma que no conocía, y vio su firma debajo.

– Eso parece, pero...

– ¿Te obligaron a firmar?

– No, pero recuerdo que firme una montaña de papeles más alta que yo y...

—Entonces no sería muy alta —la interrumpió Kardahl, mirándola de arriba abajo.

—Como no hablo tu idioma —siguió ella, sin hacerle caso— no sabía lo que estaba firmando. El hombre que debía ayudarme dijo que no era importante, que sólo estaba dando mi permiso para abrir archivos que me reunirían con la familia de mi madre.

Kardahl asintió mientras dejaba el papel sobre una mesa de cristal.

—En su deseo de complacer al rey, creo que ha exagerado la verdad.

—¿Ha mentido?

—No exactamente. Tu firma también es la prueba de que has aceptado casarte conmigo por poderes.

—Eso es absurdo. Estamos en 2007. Ya nadie se casa por poderes.

—Te aseguro que todo es absolutamente legal —afirmó Kardahl.

Jess abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. Y, sin embargo, no se sentía tan indignada como debería. Menuda ironía. Nueve de cada diez mujeres darían un brazo por estar casadas con un hombre como Kardahl. Pero Kardahl había conseguido precisamente a la mujer número diez. Y la ironía era para los dos. Porque, aparentemente, estaba legalmente casada con su peor pesadilla. Eso sí la indignó.

—¿Cómo sabes que no estoy casada con otro hombre?

—¿Crees que no habrían comprobado eso?

—Jamás pensé que me vería en esta situación. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Por qué yo?

—El linaje de tu madre pertenece a una rama de la familia real y ha existido siempre una gran amistad entre ambas familias. Hace años se decidió que una de las descendientes de tu madre sería la esposa del segundo hijo del rey.

—¿Y si hubiera tenido un niño?

—Pero no fue así —contestó Kardahl, mirando sus pechos—. De modo que cuando tu abogado te localizó, los planes para nuestra unión siguieron adelante.

—¿Tú también has firmado esos papeles?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—Sí —contestó Kardahl, con exagerada paciencia.

¿El príncipe *playboy* firmando un contrato de matrimonio sin que le pusieran una pistola en la cabeza?

—¿Por qué?

—Porque es mi destino. El heredero de repuesto debe casarse y tener hijos.

–¿Y si no me hubieran encontrado nunca? Y no digas «pero te han encontrado».

–No es necesario porque ya lo has dicho tú.

–Entonces lo diré de otra manera: ¿por qué no te has casado antes? Si yo no hubiera aparecido, ¿nunca te habrías casado?

–Habrían elegido para mí una novia adecuada –dijo él, encogiéndose de hombros–. Cuando llegase el momento.

–¿Y el momento ha llegado precisamente ahora? ¿Porque me localizaron en Los Ángeles?

–Por ésa y por otras razones –contestó Kardahl, poniendo cara de niño travieso. Pero no era un niño. Sus partes femeninas reconocían y respondían a esa masculinidad contra su voluntad.

–¿Qué has hecho?

–¿Por qué crees que he hecho algo malo?

Jess se cruzó de brazos.

–Por favor el mundo entero sabe de tus escapadas amorosas. Pues claro que tienes que haber hecho algo. ¿Qué ha sido? Seguro que hay una mujer por medio.

–Dejó a su marido, aunque la separación todavía no es legal.

–O sea, que es una mujer casada. Y supongo que el rey no estaba muy contento contigo.

–No mucho. Sobre todo, por las fotografías que nos hicieron con teleobjetivo –contestó Kardahl–. Mi padre y sus consejeros dejaron claro que era el momento oportuno para ¿cómo es la expresión? Ah, sí, matar dos pájaros de un tiro.

–¿Hacer que la gente se olvide del escándalo y obligarte a cumplir con tus obligaciones como príncipe?

–Exactamente.

De modo que el rey había decidido casar a su hijo con ella.

–Pero es que hay un problema. Yo no quiero casarme.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Tantas razones, tan poco tiempo –suspiró Jess–. Además, si decidiera casarme, y quiero decir por la iglesia y no firmando unos papeluchos, tú serías el último hombre en la Tierra con el que lo haría.

En lugar de irritarse, como Jess había esperado, Kardahl la miró con una expresión burlona.

–¿Ah, sí?

–Tu comportamiento demuestra que no eres capaz de comprometerte con nadie. Niégalo si te atreves. La base para esa opinión llega directamente de las revistas.

– No pienso negarlo.

– Entonces, ¿por qué no te negaste a casarle conmigo por poderes?

El brillo de burla en sus ojos desapareció por fin.

– Es el precio por haber nacido en una casa real. El matrimonio tiene que ver con la obligación más que con cualquier otra cosa.

– Ah, ya. El problema es que no habrá matrimonio porque no pienso dar mi consentimiento.

– Lo comprendo. Te han manipulado.

Estaba de acuerdo con ella otra vez. ¿Por qué hacía eso?

– ¿Cómo?

– Deberían haberte explicado claramente cuál era la situación. El responsable de esto será severamente castigado.

– Ah, muy bien. ¿Cómo de severamente? – preguntó Jess.

– ¿Cómo te gustaría?

Buena pregunta. ¿Cómo castigar a la persona que la había casado con un hombre al que había evitado como la peste durante toda la vida?

– Si el castigo fuera directamente proporcional al delito, deberías obligarlo a casarse con la última persona en el planeta con la que le gustaría casarse.

– Ya está casado.

– Ah. ¿Y tiene niños?

– Tres.

Oh, no. No quería que el hombre perdiera su puesto de trabajo cuando tenía una mujer y tres hijos que mantener.

– Quizá una severa charla sería suficiente. Junto con una advertencia para que no juegue con la vida de los demás.

– Tus deseos son órdenes para mí – sonrió Kardahl, haciendo una ligera reverencia.

– No hagas eso.

– Es un gesto de respeto.

– No me refiero a la reverencia, sino a la sonrisa.

Kardahl inclinó a un lado la cabeza.

– ¿Prefieres que frunza el ceño?

«Sí», pensó Jessica. Por muchas razones. Sobre todo, porque esa sonrisa hacía que le resultase difícil respirar.

– ¿Cómo puedes sonreír cuando tenemos un problema tan grande? ¿Cómo vas a sacarme de este lío?

– Es posible obtener una anulación.

– Muy bien – asintió ella –. ¿Qué tenemos que hacer?

– No consumir el matrimonio.

Aquello debía de ser el infierno para una romántica empedernida como ella. Estaba hablando de sexo como si fuera un asunto de negocios.

– Muy bien entonces, empieza con el papeleo. Prometo no intentar seducirte y estoy segura de que tú no podrías seducirme a mí, así que eso no es problema.

– ¿Por qué estás tan segura? – preguntó él, con un brillo burlón en los ojos.

– Oh, por favor. Yo estoy buscando un hombre que pueda poner su corazón y su alma en una relación. Tú no eres ese hombre y los dos lo sabemos.

– ¿Ah, sí? Muy bien, si eso es lo que deseas, empezare con el proceso de anulación.

– Lo deseo con todas mis fuerzas – contestó Jess. Claramente, él estaba de acuerdo porque tampoco quería estar casado –. ¿Esto podría ser un problema para ti?

– No te preocupes por mí. Se lo explicaré todo al rey y la reina.

– ¿No habrá más escándalos?

– Mi jefe de relaciones publicas se encargará de enviar una nota de prensa, pero...

– ¿Qué?

– Si pudiera convencerte para que hicieras el papel de mi esposa en público. Sólo hasta que el escándalo haya pasado. Si quisieras aceptar, te lo agradecería mucho. Y aunque mi familia te ha causado ciertos inconvenientes, también ellos te estarían agradecidos. Mientras tanto, haré todo lo posible para que te encuentres con tu familia cuanto antes.

Su familia. Para eso era para lo que había recorrido miles de kilómetros. Como no tenía a nadie tras la muerte de su madre siempre había querido tener los problemas con los parientes de los que hablaba todo el mundo. Le encantaría que se metieran en su vida, que le dieran consejos, incluso que juzgaran su comportamiento si a cambio conseguía su cariño.

– Trato hecho – dijo Jess por fin –. Mientras que nadie espere que tenga niños.

La única respuesta de Kardahl fue una sonrisa y una mirada que le recordó a un enorme gato mirando su presa.

Mientras la limusina pasaba frente a los coloridos puestos del mercado y seguía hacia el centro de la capital de Bha'Khar. Jessica miraba por la ventanilla sacudiendo la cabeza.

– ¿Qué pasa? – preguntó Kardahl –. ¿Hay algo que no te gusta?

– No, no, todo está bien.

Más que bien. Como le habían prometido, había pasado la noche sola en el dormitorio más hermoso del mundo, con un armario tan grande como todo su apartamento en Los Ángeles. La cama era tan alta que casi temió que le sangrase la nariz por la presión. Por supuesto, el cuarto de baño era de mármol y todos los grifos, de oro. Después de un agradable desayuno. Kardahl le había dicho que su equipo estaba poniéndose en contacto con su familia y, mientras esperaban respuesta, se ofreció a enseñarle la ciudad. Era muy agradable con ella, pero seguramente sería parte de su plan para que la gente de Bha'Khar olvidara el escándalo. Y a ella no le importaba.

Lo que la entristecía era que aquella preciosa ciudad con sus edificios blancos de techos puntiagudos hubiera sido el lugar de nacimiento de su madre y que ella no lo hubiera sabido nunca. Era parte de sí misma y le hacía sentir como si le faltaran piezas a su vida.

– Dime que te preocupa. Jessica – dijo Kardahl entonces.

La ternura que había en su tono la sorprendió.

– No puedo creer que mi madre no me hablase nunca de este sitio, de su familia.

– Supongo que debió de ser un momento muy amargo para ella.

– ¿Por qué dices eso?

Kardahl se encogió de hombros.

– Es una suposición razonable. Uno intenta olvidar los momentos tristes. Hablar de ellos sólo hace que el dolor siga vivo. Además, supongo que no querría poner esa carga sobre los hombros de una niña.

Pensaba que su madre había querido protegerla. Parecía sincero y lo que decía tenía sentido, aunque ella no había esperado tanta comprensión de un hombre con tan mala reputación.

– Tengas o no razón, ese pensamiento es consolador – dijo, suspirando.

Cuando sonó el móvil de Kardahl, Jess miró por la ventanilla del coche hacia el mar de Arabia. El mar azul se confundía con el horizonte.

– Era mi secretaria – dijo Kardahl después –. Estaba esperando que llegases para confirmar una visita a tu familia.

– ¿Cuándo puedo verlos? – preguntó Jess, ansiosa –. La verdad es que no se mucho de ellos.

– Tienes dos tías.

– ¿Mi madre tenía dos hermanas?

– Una de tus tías está casada con el gobernante de un poblado del desierto de Bha'Khar la otra es médico y vive en una ciudad al norte de la capital. He conseguido que puedas verlas a las dos.

– Eso es maravilloso – sonrió Jess –. ¿Y mis abuelos?

– Están fuera del país en viaje diplomático – contestó Kardahl –. Han sido informados de tu llegada y volverán lo antes posible.

– Entiendo – suspiró Jess.

– ¿Por qué suspiras?

– No, por nada. Es que me decepciona un poco tener que esperar. Quería pasar todo el tiempo posible con ellos antes de volver a casa.

– ¿No puedes pedir unas semanas de vacaciones?

– Supongo que tendré que hacerlo, pero no me gusta hacerle eso a los niños.

– ¿Nadie los cuida mientras estás de viaje?

– No es tan sencillo. Conseguir que esos niños confíen en mí no es fácil porque han perdido a su familia.

Ella lo sabía por experiencia. De hecho, seguía sin creer en nadie con todo su corazón.

– Ya entiendo.

– Lo que para mí son unas vacaciones, o una excedencia temporal, para ellos es otro rechazo. Una persona más que los abandona.

– Pero tienen que aprender a no confiar sólo en una persona, ¿no? Es una lección que les servirá en la vida.

– Todo el mundo necesita a alguien. Si no confían en alguien en particular se vuelven aislados, antisociales.

– ¿Y no crees que no atarse a una sola persona es mejor, menos complicado?

Jess lo miró durante unos segundos.

– Eso lo dice un hombre que se ata a cualquiera que lleve falda – luego apretó los labios –. Déjalo, da igual.

– No me mal interpretes. Siento admiración por tu devoción, por tu convicción de que puedes ayudar a esos niños.

Pero su tono decía que era una pérdida de tiempo.

– El mundo estaría aún peor de lo que está si no lo intentase nadie.

– Pues te deseo suerte.

Esa actitud era la que esperaba, basándose en lo que había leído sobre él. Pero se preguntaba cómo podía ser tan comprensivo y tan cínico a la vez.

Estaba a punto de preguntárselo cuando se dio cuenta de que la limusina había parado.

— ¿Ya se ha terminado el tour?

Kardahl sonrió, misterioso.

— Sí. Y ahora tengo una sorpresa para ti —dijo, abriendo la puerta y ofreciéndole su mano para salir—. Ven conmigo.

La llevó a una elegante boutique en la que había unos vestidos de ensueño. Ya que Jess no podía tener un hada madrina con una varita mágica, ir de compras tampoco estaba mal, pensó. Pero no había nada mágico en su presupuesto anual para ropa y estaba segura de que no le daría ni para comprar una sola blusa en aquel sitio.

— ¿Por qué estamos aquí?

Antes de que Kardahl pudiera contestar, una dependienta se acercó a ellos sonriendo de oreja a oreja.

— Alteza, que alegría recibir su llamada. Como puede ver, he cancelado todas las demás citas y he cerrado para el público como me ha pedido. ¿Ésta es su esposa?

— Jessica —dijo él.

— Es preciosa. Enhorabuena por su boda.

— Gracias —dijo Kardahl—. Mi esposa necesita algo de ropa. Ropa informal y vestidos de noche. Mañana tenemos una recepción en palacio.

— Una recepción —empezó a decir Jess.

Pero se detuvo. Había aceptado hacer el papel de su esposa en público, de modo que no podía decir nada. Aunque estaría bien que la avisara de aquellas cosas en privado.

Enseguida la mujer sacó una cinta métrica y, después de tomar sus medidas, afirmó:

— Tiene una talla treinta y ocho. Perfecta. Tengo algunas cosas que le quedarán de maravilla a su alteza.

Jess no era ninguna alteza, pero no sabía cómo explicarlo. Y tampoco le gustaba fingirse casada con Kardahl. Pero no podía hacer nada.

La mujer empezó a dar vueltas por la tienda, tomando un traje verde, unos pantalones de seda negra y varias blusas antes de desaparecer, presumiblemente en el probador. Cuando volvió, Kardahl señaló un vestido de noche negro.

— Me gustaría que se probara ese vestido. La mujer sonrió.

— Es una suerte que el vestido sea de su talla. Y su alteza tiene un gusto exquisito.

Su alteza era un notorio *playboy*, de modo que no tenía mucho mérito. Y, sin duda, tenía mucha experiencia eligiendo vestidos para sus conquistas con la idea de quitárselos después. Ese pensamiento le provocó un escalofrío inesperado. La mente de Jess decía: «no, no, no». Pero su cuerpo empezaba a sentir curiosidad. Y su corazón le decía que tendría que estar muerta para no salivar ante la idea de probarse aquella ropa. Pero, ¿cómo podía decirle a la mujer que estaba perdiendo el tiempo?

Cuando desapareció con el vestido de noche, Jess se volvió a Kardahl.

– No hace falta que me compres ropa. No necesito nada. Los dos sabemos que vamos a anular el matrimonio.

– Pero hasta entonces el mundo estará observando a mi esposa, Jessica. Y mañana tenemos una recepción –sonrió él–. Además, he visto cómo te brillaban los ojos. Me encantaría hacer esto por ti, en serio. Es lo mínimo que puedo hacer por causarte tantos inconvenientes. Al menos, pruébatelos. La vendedora se llevará una desilusión si no lo haces.

– Ah, entiendo –suspiró Jess–, ¿Es una orden real?

– ¿Te gustaría que lo fuera?

Ella suspiró.

– Sí. Tiene que ser muy malo desafiar una orden real.

– Desde luego que sí.

Sonriendo, Jess siguió a la vendedora hasta el probador. ¿Qué demonios? No tenía más remedio, de modo que al menos podría disfrutar de la experiencia.

Todo le quedaba como si hubiera sido hecho para ella y su corazón femenino estaba a punto de explotar de alegría ante la idea de ponerse aquellas exquisitas prendas. La vendedora, Jasmine, entraba y salía del probador, llevándose prendas para aparecer enseguida con más. El vestido negro que había elegido Kardahl fue lo último que se probó.

Jess se miró en el espejo de cuerpo entero y abrió mucho los ojos. El vestido tenía el cuello alto y las mangas largas, pero el suave satén se pegaba a cada curva revelando mucho más de lo que escondía.

– Es perfecto para usted –dijo la mujer, pasando las manos por la falda–. Su altura ha pedido verla con este vestido.

– ¿Ah, sí?

– Me ha pedido que le dijera que es una orden real.

Como Jess no quería montar una escena, decidió no discutir. Mientras salía del probador, sujetaba la falda del vestido para que no rozase el sucio. Y cuando llegó donde estaba Kardahl, contuvo el aliento. Él tomó su mano para ayudarla a subirse en una especie de podio redondo, rodeado de espejos.

Jess podía verlo en el espejo, podía ver su ardiente mirada.

Sus pies habían estado pisando tierra firme durante veinticuatro horas, pero se le encogió el estómago como si estuviera de nuevo en el avión. La única explicación era cansancio emocional, se dijo. Ella no estaba acostumbrada a que los hombres la mirasen como la miraba él y era como prender fuego a los matorros de su romántico corazón.

– Yo creo que no me queda bien.

—Pues yo creo que sí —contestó él, su voz tan profunda y tan atractiva como un pecado—. Nos lo llevamos, Jasmine.

Jess no dijo nada porque no quería avergonzar a la familia real en público. Pero los vestidos caros y elegantes no cambiarían nada. Podía haber sido elegida para un príncipe, pero no había nacido para ser princesa. Lo único que quería era conocer a su familia y luego volverá su vida normal.

Mientras salía del probador oyó a Kardahl dando órdenes para que lo llevaran todo a palacio. Pero cuando salieron de la tienda, de repente se vieron rodeados de gente. Los destellos de las cámaras cegaron a Jess, que tuvo que cerrar los ojos, confusa.

—¿Quién es la señorita, alteza? —preguntó un reportero.

—¿Está casada, Alteza?

Alguien puso un micrófono en la cara de Jessica.

—¿Cómo conoció al príncipe Kardahl?

Sin decir nada, Kardahl la apretó contra su costado, usando su cuerpo para apartarla de las cámaras. Y luego la empujó suavemente hacia la limusina.

Mientras intentaba controlar los locos latidos de su corazón, Jess lo miró, atónita. La expresión de furia en su rostro era completamente chocante. Y algo le dijo que su reacción no era por las fotografías sino una respuesta emocional profunda.

Se preguntó entonces dónde estaba el seductor frívolo y encantador, aunque no quería preguntarse absolutamente nada sobre él.

Capítulo 3

Kardahl habría querido presentar a sus padres a otra mujer como esposa. Pero, gracias al rey, eso no pudo ser. Ya no podría ser nunca.

Y había llegado el momento de presentarles a Jessica Sterling.

Estaba junto a Jessica en uno de los salones de palacio. Faline y Amahl Hourani hacían que los sillones en los que estaban sentados parecieran tronos mientras estudiaban a su «nuera». Una vez habían mirado así a otra mujer y le encontraron faltas, pero aquella noche parecían complacidos. Al menos, alguien estaba complacido, pensó Kardahl.

El pelo oscuro de su padre mostraba canas en las sienes, pero eso le daba, según algunas personas, un aire distinguido. Kardahl no sabía de eso. Él sólo sabía que era un hombre rígido, difícil de complacer y muy obstinado. Nunca lo perdonaría por haber impedido que se casara con la mujer a la que amaba. Nunca.

Al contrario que su marido, su madre no permitida nunca que una cana estropease su lustroso cabello negro. Era una mujer pequeña, pero poseía una fuerza de carácter y un sentido del humor que siempre habían mantenido a su esposo intrigado y enamorado.

Una vez, Kardahl pensó que podría emular esa relación. Pero esas esperanzas habían muerto con la mujer a la que amaba.

—¿Estás segura de que no quieres tomar un brandy, Jessica? —le preguntó la madre de Kardahl.

—No, gracias. El café está bien —sonrió Jess, dejando la taza sobre el platito.

Iba vestida con un pantalón negro y una blusa blanca. Llevaba el pelo sujeto en un moño, con numerosos mechones enmarcando su cara. El aroma de su piel le recordaba a Kardahl la fragancia del sol y las flores. Ella no parecía afectada por su proximidad, pero a Kardahl no le ocurría lo mismo.

—Tengo entendido que hoy has tenido tu primera experiencia con los periodistas, querida —estaba diciendo el rey.

—Sí, majestad.

—¿Cómo ha podido pasar, Kardahl?

También él se lo preguntaba y había pedido a su equipo que hiciera averiguaciones.

—Parece que hay una página en Internet en la que los periodistas saben donde están los famosos prácticamente cuando está ocurriendo.

Jessica lo miró.

—¿Quieres decir que cualquiera que mire esa página y esté por la zona puede acercarse para estrechar tu mano?

–Sí –sonrió él—. Y supongo que los medios también están pendientes de esa página.

–Pero eso es prácticamente acoso.

–En una sociedad libre –dijo el rey—. Y es el precio que hay que pagar por ser quienes somos. Pero parte de ese precio es controlar el comportamiento de los miembros de la familia real. Como Kardahl sabe muy bien.

Jess lo miró con cierta simpatía y luego miró a su padre.

–No puedo evitar sentirme responsable. Lo encontraron porque quiso darme una sorpresa pasando por una boutique.

–¿La llevaste a la tienda de Jasmine, como te sugerí? –preguntó su madre.

–Sí –confirmó Kardahl.

Hasta aquel primer encuentro con Jessica en el avión, Kardahl había estado furioso por la idea de contraer matrimonio. Pero ella estaba más enfadada aún. No estaba preparada para esa vida. Y su expresión al verse atacada por los *paparazzi* habla hecho que deseara protegerla. Como no había podido proteger a Antonia.

–Esos periodistas son predadores que viven de los demás –comentó Jessica entonces.

La reina asintió con la cabeza.

–La prensa puede ser muy difícil.

–Es que no estaba preparada –se justificó ella—. Hasta hoy la única emoción que había tenido yendo de compras fue un día que la vendedora se olvidó de quitar el dispositivo de seguridad de una blusa y pitó cuando salía de la tienda.

El rey sonrió, indulgente.

–Querida, si cambiases de opinión y quisieras quedarte con Kardahl en Bha'Khar, te daríamos instrucciones para tratar con los medios.

–Probablemente no me las daría Kardahl –dijo Jess, mirándolo con humor—. A menos que se usara a sí mismo como mal ejemplo.

Su padre soltó una carcajada.

–No. Creo que mi hijo no sería el instructor –luego la miró, más serio—. Me gustaría que cambiases de opinión sobre la anulación.

–Es usted muy amable, pero...

–Tus abuelos son grandes amigos nuestros y estarían encantados con ese matrimonio.

–Es usted muy amable –repitió Jess—. Pero yo no puedo casarme con un príncipe. No me han educado para ser una princesa, lo siento.

–Pero habría muchísima gente ayudándote. Y la reina y yo.

–Bueno, ya está bien –lo interrumpió Kardahl, levantándose—, Jess ha expresado sus sentimientos y no voy a permitir que la presiones.

—Kardahl —lo regañó su madre, arrugando el ceño—. No debes hablarle así a tu padre.

—Sí, bueno. Pero, por el momento, Jessica es mi esposa y he prometido enseñarle el palacio.

Jess lo miró, sorprendida por el tono seco que acababa de usar. Y por la mentira.

—¿Nos vamos?

—Sí, sí. Gracias por la cena.

—De nada —dijo la reina—. Nos veremos mañana por la noche, en la recepción.

—Y a ti también, hijo —dijo su padre, sin disimular su enfado.

—Allí estaré.

Por Jessica.

Kardahl la llevó al ascensor sin decir nada.

Cuando era más joven su padre lo asustaba, pero ya no. Eso había terminado cuando el rey había elegido la tradición en lugar de su felicidad. Si hubiera podido casarse con la mujer a la que había elegido. Antonia estaría viva pero eso era algo que ya no ocurriría nunca. Kardahl apretó los puños. Había aprendido tiempo atrás que eso lo ayudaba a contener el dolor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jessica.

—Sí, estoy bien.

—Pues esa vena que tienes en la frente dice que estás mintiendo.

Instintivamente, Kardahl se llevó una mano a la cabeza.

—Bueno, se me pasará.

—Gracias por rescatarme, pero no hacía falta. Tu padre no me estaba molestando. Sé que sólo intenta ayudar.

—No, estaba intentando imponer su voluntad, como siempre. La tradición es más importante que nada para él.

Jess se cruzó de brazos.

—Yo no sé nada de esas cosas. Nunca he tenido tradiciones ni gente diciéndome lo que tenía que hacer. Pero no creo que sepas lo afortunado que eres por tener una familia que se preocupa por ti.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, él esperó hasta que Jess hubo entrado para contestar.

—Tienes razón.

—Me alegra que sepas que te quieren.

—No, me refería a que no sabes nada de estas cosas —replicó Kardahl.

—Ya —sonrió Jess—. Todo el mundo tiene defectos. Pero hay que intentar olvidar lo malo de las personas a las que queremos.

– Naturalmente – dijo él, burlón.

– Tengo la impresión de que ha ocurrido algo muy grave entre tu padre y tú. Estás enfadado con él y no sobre el asunto de la anulación.

– No estamos de acuerdo en muchas cosas.

– Ya me he dado cuenta. Pero también está claro para mí que tus padres te quieren. Eso es lo único que yo he querido toda la vida, así que me doy cuenta de esas cosas.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo y Kardahl le hizo un gesto con la mano.

– Por aquí.

Atravesaron un largo pasillo y salieron luego a un magnífico jardín. Bajo las orgullosas palmeras y los fragantes jazmines había discretas lamparillas que iluminaban aquel sitio de ensueño.

– Esto es precioso, Kardahl.

– Pensé que te gustaría. Aquí es donde vengo cuando quiero...

– Cuando quieres que tus niveles de testosterona bajen al nivel normal para no darle un puñetazo a la pared, ¿no?

– Eso es – sonrió él.

Kardahl se encontró intrigado por su «esposa». Una chica con carácter, desde luego.

– Es maravilloso. Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre.

Ella era como una flor en medio del desierto: dura, resistente e inesperadamente encantadora.

– Puedes venir cuando quieras – dijo Kardahl, tomándola del brazo para llevarla por el camino.

– Pero no estaré aquí mucho tiempo.

– Más razón para que lo aproveches.

– ¿Tú aprecias esto de verdad o lo das por sentado, como a tu familia?

– Quizá – Kardahl se encogió de hombros. No se ofendía por la pregunta porque había leído el informe del investigador y sabía lo que había sido su vida –. No puedo cambiar a mi padre como tú no pudiste cambiar lo que le pasó a tu madre.

Jessica se apartó de golpe.

– ¿Qué sabes tú de mi madre?

– Lo sé todo.

– ¿Cómo?

– Cuando te localizaron, mi padre envió un investigador a Los Ángeles.

—Y nuestro «matrimonio» siguió adelante a pesar de que mi madre nunca se casó —replicó ella, irónica—. Pero ella nunca dejó de buscar al hombre perfecto aunque cada vez que lo encontraba, él desaparecía.

—Sí.

—Y cada vez que perdía un amor, ella se perdía un poco más.

—Supongo que no fue fácil para ti.

Jessica lo miró, entristecida.

—Cuando estaba bien, era mi mejor amiga. Me escuchaba, me contaba cosas y yo sigo echándola de menos.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. ¿Cómo vas a entenderlo? Tú tienes una familia, vives en un palacio y no lo aprecias —Jess se detuvo de golpe—. ¿Qué es esto?

Kardahl miró el edificio de estuco rosa con cristales tintados de oscuro. Ese edificio había estado cerrado desde que él nació.

—Es el harén.

—¿En serio? ¿Aquí es donde los reyes de tu país guardan a sus mujeres?

—No, es una mazmorra que tiene pasadizos secretos.

—Lo dirás de broma.

—Pues claro —rió él. Kardahl intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave—. El harén se abandonó hace años. Creo que mi abuela le dio un ultimátum a mi abuelo.

—Ah, eso parece una historia romántica.

—No lo sé.

Pero si hacía que le brillasen los ojos de esa forma, se enteraría.

—Me gustaría saber —empezó a decir ella, apoyando la cara contra uno de los cristales.

—¿Qué te gustaría saber?

—Cómo sería vivir en un harén, esperando que el rey te llame.

—Era algo más que sexo —le explicó Kardahl, percatándose de que se había puesto colorada—. Hace años era necesario tener la mayor cantidad posible de hijos para asegurar la línea de sucesión. La mortalidad infantil era enorme. Ahora los avances médicos hacen que no sea importante.

—Y todas las mujeres del mundo son tu harén —rió Jess.

—No es verdad, pero prefiero que no discutamos.

—Ya, bueno. Entonces, cuando investigaron mi pasado, ¿encontraron algo sobre mí que me hiciera digna de un harén?

Kardahl miró sus labios y su pulso se aceleró. ¿Cómo sabrían esos labios tan jugosos?

– Sólo hay una manera de contestar a tu pregunta.

– ¿Cuál?

Kardahl levantó una mano para acariciar su cara.

– Ésta – murmuró, inclinando la cabeza.

Los labios que podrían convencer a un hombre para que cometiese un pecado sabían de maravilla. Había esperado que fueran suaves, pero la inocencia que probó encendió su sangre. Kardahl enredó los dedos en su pelo, bebiendo de su boca e incapaz de saciar su pasión.

Jessica se apartó entonces, colorada hasta la raíz del pelo. Respiraba con dificultad y en sus ojos había una expresión tremendamente erótica que, Kardahl estaba seguro, ni ella misma entendía.

– Es hora de – el tragó saliva –. Será mejor que volvamos dentro.

– Buena idea.

No la rozó mientras volvían al interior del palacio. Durante dos años había vivido con el fantasma de lo que ya nunca podría ser. Pero al conocer a Jessica Sterling. Los fantasmas habían empezado a desaparecer y eso era algo inesperado. Y desafortunado.

Él estaba acostumbrado a su carga de dolor, de soledad, y no quería nada más. No estaba dispuesto a aumentar su carga pensando en otra persona y la atracción que sentía por Jessica empezaba a parecerle extraña. Si, lo mejor era que ella también quisiera la anulación. Había deseado a otras mujeres, pero aquélla podía ser peligrosa para la indiferencia que con tanto cuidado había cultivado durante esos años.

Sabía que habría periodistas, pero Jessica pensó que estaba preparada para la recepción. Y, sin embargo, estaba equivocada. El vestido negro no ayudaba nada en absoluto. La tiara de diamantes y el elaborado peinado que le había hecho la peluquera personal de la reina, tampoco. Ni el maquillaje. Lo único que impedía que saliera corriendo era la presencia de Kardahl a su lado.

Estaba espectacular con su esmoquin negro. Pero no había tenido tiempo de admirarlo porque, de repente, se hizo el anuncio del matrimonio de su alteza real Kardahl Hourani. Después de un silencio que no duró demasiado, los periodistas empezaron a hacer preguntas atropelladamente, interrumpiéndose unos a otros.

– ¿Cómo se conocieron? – gritó alguien.

– ¿Los corazones de las mujeres del mundo se están rompiendo en este momento?

– ¿De verdad ha decidido sentar la cabeza?

Esa pregunta hizo que Jessica recordase el harén, donde los hombres de la casa real de Bha'Khar habían ido durante siglos para satisfacer sus deseos. Deseos que Jessica entendía ahora un poco mejor, después del beso de Kardahl.

— ¿De dónde es usted, alteza?

Jess miró al periodista que había hecho la pregunta y que parecía dirigirse a ella.

— Soy norteamericana.

— ¿Qué le parece haber cazado al famoso príncipe *playboy*?

Jessica miraba de un lado a otro, desorientada.

— ¿A qué se dedica?

— ¿Piensa seguir trabajando?

— ¿Cuándo piensan tener hijos?

— ¿Está embarazada?

Las cuestiones personales gritadas con tal indiferencia, públicamente, le parecieron de una grosería intolerable. Y la última fue como una bofetada.

Kardahl puso un brazo alrededor de su cintura.

— Ya está bien. La entrevista ha terminado.

Un segundo más tarde la sacaba del salón. Después de llevarla a través de varias puertas, los gritos de los periodistas cesaron.

— Lo retiro — dijo Jessica.

— ¿Qué?

— Cundo dije que tú no serías la persona indicada para aconsejarme sobre cómo lidiar con los medios. Me equivoqué. Ha sido un buen escape.

Kardahl hizo una ligera reverencia.

— Me alegro de que lo apruebes.

— Se te da bien lidiar con los periodistas.

— Tengo mucha práctica. Como miembro de la familia real sé que soy un servidor público. Es mi deber servir a la gente de Bha'Khar.

— ¿A la gente en general o las mujeres en particular? — preguntó Jess. No había querido ser grosera pero Kardahl, y sobre todo el beso, habían despertado lo peor en ella. Quizá fuera un mecanismo de defensa.

— Soy el ministro de Finanzas y Defensa de Bha'Khar.

— Me sorprende que tengas tiempo con tanto perseguir mujeres por todo el mundo.

— ¿Tan difícil te resulta creer que soy capaz de poner mis responsabilidades por encima del placer?

— ¿En una palabra? Sí.

— Eres una cría — dijo Kardahl entonces, muy serio—. No soy un hombre sin sentimientos.

— ¿Entonces las fotografías son falsas? ¿Todo lo que he leído sobre ti es mentira?

— No deberías creer todo lo que publican las revistas.

— O sea que, a pesar de todo, estás abierto al amor.

Kardahl metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y la miró, con los dientes apretados.

— No — contestó—. No estoy abierto al amor.

A Jessica le sorprendió que lo admitiera.

— ¿Has estado enamorado alguna vez?

Esperaba que su voz sonara calmada, aunque no lo estaba. Su respuesta no debería importarle, pero la esperaba conteniendo la respiración.

— Sí — contesto el—. Estuve enamorado. Pero ella está muerta.

Capítulo 4

Si habían publicado algo sobre aquella mujer, Jessica se lo había perdido. Aunque eso no le sorprendía. Entre la universidad y la multitud de trabajos que había tenido que hacer para pagarse los estudios, se lo había perdido casi todo hasta el día de su graduación. Pero el dolor que había visto en el rostro de Kardahl le hacía sentirse como una estúpida. Su única defensa era que no se le había ocurrido que hubiera estado enamorado alguna vez. O que hubiera perdido a la mujer que amaba. La muerte no tocaba a los ricos y famosos.

Sabía que pensar eso era una estupidez y que ella tendía a romantizar las cosas. Todo el mundo se ponía enfermo, todo el mundo moría tarde o temprano, tuviera dinero o no. Fuera un príncipe o un mendigo.

Tenía que decir algo, pero sólo se le ocurrió:

—¿Qué pasó?

—Fue hace dos años —contestó Kardahl—. Un accidente de coche.

—¿Cómo?

—Los reporteros iban persiguiéndonos porque querían una fotografía, una historia, una palabra —Kardahl se acercó al balcón y miró hacia fuera, como perdido en los recuerdos—. Antonia estaba disgustada de que nos hubieran seguido porque queríamos estar solos. Yo intenté calmarla, pero ella insistía en que el conductor se alejase de los reporteros como fuera. La carretera estaba mojada el coche resbaló y dio una vuelta de campana. Lila murió inmediatamente. Desgraciadamente para mí, yo no.

Fue la falta de furia en su voz lo que la alarmó. Jess se acercó y puso una mano sobre su brazo.

—¿Por eso tienes esas cicatrices?

—¿Qué más da?

—Kardahl, lo siento. Yo no sabía nada. De haberlo sabido no habría sacado un tema tan doloroso. Lo siento mucho, por favor acepta mis disculpas y mi pésame por la muerte de tu esposa.

—No era mi esposa —la interrumpió él.

—Pero sí la querías.

—El rey decidió que la tradición era más importante que el amor. No podía casarme con Antonia, así que me prometió a otra mujer.

Y ella era esa otra mujer, pensó Jessica.

—Creo que ahora entiendo la animosidad que sientes por tu padre. En esas circunstancias, ¿por qué aceptaste un matrimonio por poderes?

—Porque ha dejado de importarme —contestó Kardahl.

De modo que no le importaban las mujeres, todas eran iguales para él, pensó Jess. Lo había juzgado mal y lo había insultado en su cara, a pesar de que había sido increíblemente amable con ella desde que fue a buscarla al aeropuerto.

Por propia experiencia sabía que las lágrimas más amargas que se derramaban sobre una tumba eran lágrimas por las palabras que no se habían dicho o las cosas que no se habían hecho.

¿Qué era lo que Kardahl no había podido hacer o decir?

—He decidido que vas a tomar lecciones de equitación —dijo Kardahl la mañana después de la recepción.

Durante el desayuno, seguía preguntándose por qué le había hablado a Jessica de Antonia. Quizá porque ella lo había provocado. O porque se había cansado de su mala opinión. En cualquier caso, Jessica había provocado que sintiera algo y eso no le gustaba. Más razones para acelerar el encuentro con su familia y enviarla de vuelta a Estados Unidos cuanto antes.

—¿En serio? ¿Voy a montar a caballo?

—Sí, te va a hacer falta.

Kardahl la llevó a las cuadras, donde él personalmente le enseñaría a montar. Estaban delante de uno de los establos y el animal que había elegido para ella estaba ensillado y esperando.

—¿Tienes alguna experiencia con caballos?

—¿Por qué tengo que aprender a montar? —preguntó Jessica entonces.

—Tenía la impresión de que querías conocer a tu familia.

—Pues claro, pero no veo,..

—Tienes que saber montar si quieres conocer a tu tía.

—¿Por qué?

—Los pobladores del desierto viven en las montañas. Y para llegar hasta allí hay que hacerlo a caballo.

—¿Por qué no podemos ir en helicóptero? —preguntó Jess—. Tienes uno, ¿no? Tu hermano me ha hablado del yate real y ya he visto el *jet* privado. Supongo que también tendréis un helicóptero.

—Sí, pero el terreno es demasiado montañoso —contestó Kardahl, cruzándose de brazos—. Así que debo saber si sabes algo sobre caballos.

—Los he visto en la televisión. ¿Eso cuenta?

—No, me temo que no —suspiró él.

—Bueno, pues entonces dime lo que tengo que hacer.

—Yo seré tu instructor.

— ¿Tú?

— Yo sé montar — cuando Jess abrió la boca para decir algo. Kardahl le puso un dedo sobre los labios—. No digas que lo sabes porque lo has leído todo sobre mis conquistas.

— No iba a decir eso — protestó ella, colorada—, iba a decir que es muy generoso por tu parte. De hecho, estás siendo muy generoso conmigo y me siento culpable por lo de ayer.

— Déjalo, Jessica — murmuró Kardahl, apartando la mirada.

— Pero es que creo que te he juzgado mal. Admito que estaba equivocada al pensar que no eras capaz de tener sentimientos sinceros por otra persona. Pero el hecho es que tu nombre aparece unido al de docenas de mujeres.

De modo que seguía pensando que era un mujeriego. Mejor. No tenía nada que ofrecerle a una mujer y su pobre opinión sobre él la mantendría a distancia.

— Ha habido muchas mujeres en mi vida. Pero ahora estoy casado sólo con una.

— Temporalmente.

— De acuerdo. Pero mientras estemos casados, tendrás toda mi atención.

— Eso es lo que me temía — murmuró Jess.

— ¿Perdona?

— Nada, nada.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Era una broma — sonrió Jess—. ¿No tienes nada más importante que hacer?

— Tengo muchos ayudantes, Jessica. Además, he prometido llevarte con tu familia. Y a pesar de lo que hayas leído sobre mí, soy un hombre de palabra.

— Muy bien. ¿Por dónde empezamos?

— Como en todas las relaciones, hay que empezar por hacerse amigos.

— Podría decir tantas cosas Pero prefiero callármelas.

— Una sabia decisión — sonrió Kardahl, tomando su mano y poniéndola sobre el cuello de la yegua—. Acaríciala y deja que se acostumbre a tu olor.

Mientras Jessica obedecía, él observó la mano blanca moviéndose hipnóticamente arriba y abajo, acariciando suavemente el cuello castaño del animal. El aroma de aquella mujer invadía sus sentidos y, de repente, se sintió excitado.

— Sí, ya estás lista — murmuró, incómodo, subiendo de un salto a la silla—. Venga, es hora de montar.

— Muy bien.

Afortunadamente, Jessica no lo miró.

— Pon el pie izquierdo en el estribo y la mano en la silla así, bien. Ahora date impulso y levanta la pierna derecha.

Se movía despacio, de manera torpe, y Kardahl habría deseado ayudarla. Pero no lo hizo. Por dos razones: primero, porque tenía que aprender. Segundo, porque los vaqueros gastados que llevaba eran demasiado atractivos. No confiaba en sí mismo.

– Misión cumplida – sonrió Jessica, sentándose delante de él.

– Más o menos. Acabamos de empezar – rió Kardahl.

Le explicó cómo controlar al caballo moviendo las riendas de derecha a izquierda y luego guió a la yegua hasta el corral para dar unas cuantas vueltas. Como le pasaba a todos los principiantes, su trasero golpeaba la silla con cada bote.

– Sujétate con el interior de los muslos. No te muevas tanto.

Jessica tenía una expresión de intensa concentración, pero Kardahl la imaginó entre las sábanas, con las piernas alrededor de su cuerpo y la visión produjo un intenso estado de frustración sexual.

– No des saltos.

– No es culpa mía. La yegua está dando saltos no puedo hacer nada.

– Sujétate bien con los muslos – repitió el—. Usa las piernas o tu trasero lo pagará al final del día.

– Estoy intentando hacerlo.

Y él estaba intentando dejar de imaginar sus hermosas piernas alrededor de su cintura.

Kardahl se obligó a sí mismo a concentrarse en la tarea. Durante una hora estuvo torturándose a sí mismo sintiéndola tan cerca, oliendo su perfume. Intentaba controlar el incendio que aquella mujer provocaba en su interior, pero con poco éxito. Y era una pena porque había dado su palabra de no seducirla.

Pero había sido fácil dar su palabra antes de empezar a sentir aquello.

Kardahl se enfadó consigo mismo, como se enfadó la noche anterior. Pero ahora entendía por qué. Se había obligado a no sentir nada durante dos años y Jessica Sterling estaba cambiando eso.

Había prometido no tocarla y cumpliría su promesa aunque el beso le había demostrado que sería posible tenerla a pesar de su rotunda negativa. Cumpliría su promesa porque no tenía intención de hacerle daño. Cumpliría su promesa porque el destino le había arrebatado a la mujer que más quería en el mundo.

Por la noche, cuando cerraba los ojos, recordaba el chirrido de los frenos, el golpe, el ruido del metal, el grito horrorizado de Antonia. El último sonido que había dejado escapar antes de morir, la última vez que Kardahl oiría su voz.

No había sido capaz de evitar el accidente. Y, en la oscuridad, no había sido capaz de encontrarla antes de perder el conocimiento. No había podido evitar la muerte de la mujer a la que amaba y la del hijo que estaban esperando. No había podido hacer absolutamente nada.

No quería volver a sentirse así de inútil y, desde entonces, había aprendido a controlar sus sentimientos. Los controlaba con mano de hierro porque la única manera de no volver a sufrir aquella horrible agonía era no volver a sentir nada. Nunca.

Capítulo 5

Mientras el caballo galopaba por el camino de tierra, Jessica no estaba tan preocupada por el dolor como por mantener el trasero en la silla. A su lado, Kardahl cabalgaba con toda la gracia del mundo, naturalmente. Habían estado practicando juntos todo los días durante una semana y, por fin, decidió que era capaz de hacer el viaje.

– Tienes que relajarte.

– Sí, pero...

– Si no te relajas, el viaje será una tortura.

– Bueno, está bien, tienes razón. Es culpa mía. Cuando dijiste que podíamos ir a ver a mi familia, me emocione.

– Y la yegua lo nota.

– ¿Aunque este emocionada de alegría?

– Es muy lista, pero incapaz de discernir si estás emocionada o asustada. Sólo se da cuenta de que estás nerviosa y eso la asusta.

– Ah, ya. Pues no es la única.

– Tranquila. No dejaré que te pase nada –sonrió Kardahl.

Parecía sincero. Demasiado. Pero Jessica no se había atrevido a decirle que prefería hacer el viaje con otra persona. No quería estar con él.

Desde que le contó que había perdido a la mujer de su vida, empezaba a verlo de otra manera, Y eso no podía ser. Tenía que estar en guardia. Necesitaba tiempo a solas para mantenerse neutral, pero Kardahl no se lo había dado.

– No me da miedo caerme del caballo. Al menos, no sólo tengo miedo de eso.

– ¿Qué otra cosa te da miedo?

Jess miró hacia delante. Aquel sitio era tan diferente a su país. Llevaban un discreto equipo de seguridad detrás en alguna parte, pero no podían verlos, Y el camino era tan estrecho que sólo cabía una montura. Ni siquiera un coche podría pasar por allí.

Además, en media hora iba a conocer a su familia, algo que había deseado toda la vida. Algo que no pensó que tendría nunca. Pero seguía sin saber nada de ellos. Quizá su madre hubiera tenido buenas razones para huir del país.

Jess siempre se había preguntado cómo serían, pero ahora que tenía la oportunidad de conocerlos sentía miedo. Si aquello no era como esperaba se llevaría un tremendo disgusto. Un trasero dolorido no era nada comparado con el dolor que sentiría en el alma.

– ¿Y si no les gusta? –murmuró por fin.

– Si no les gusta es que son idiotas. Ellos se lo pierden.

– ¿Lo dices en serio?

– Claro.

– Sólo quería comprobarlo –sonrió Jess–. Bueno, háblame de la gente del desierto.

– Viven una vida trashumante.

– ¿Por qué?

– Porque lo han decidido así.

– No lo entiendo. Si alguien conoce el valor de tener raíces, ésa soy yo.

– La tradición son sus raíces. Hace doscientos años, un hijo del rey retó al heredero al trono. Así fue como las dos familias se separaron.

– O sea, que en mi familia hay un gen rebelde.

Kardahl sonrió.

– El rebelde y sus seguidores se fueron de la corte y se refugiaron en el desierto, lejos de la capital. Desde entonces, han protegido las fronteras de Bha'Khar de los enemigos. Ahora mantienen las costumbres de sus antepasados y viven de la tierra. Tienen ganado, ovejas sobre todo, y algunos de los mejores caballos del mundo. Para escapar del calor se van a las montañas durante el verano.

– Cuando yo era pequeña, mi madre me contaba cuentos sobre montañas y jinetes. Pero yo pensé que se los inventaba.

Mientras Jess veía el sol desaparecer en el horizonte, detrás de las montañas, sintió una extraña conexión. Quizá hubiera heredado algo de la habilidad de su familia y por eso había aprendido a montar tan rápidamente. Lo malo de esa herencia era la atracción por algo que no le convenía.

Como Kardahl, por ejemplo, pensó, mirándolo de reojo. El viento movía su pelo negro, destacando su alta frente y su orgullosa barbilla. Quizá hubiera sido capaz de sentimientos profundos una vez. Pero ahora iba de una mujer a otra, como los hombres en la vida de su madre.

Cuando llegaron a lo más alto del camino vieron un poblado abajo y Jess se sintió terriblemente agradecida por la presencia de Kardahl. Porque a pesar de todo, estaba nerviosa.

Mientras se dirigían al poblado vieron a mujeres y niños que flanqueaban la carretera, sonriéndoles con expresión tímida. Kardahl detuvo el caballo y Jess vio que las casas estaban hechas con telas y maderas para poder moverlas cuando quisieran.

Había crecido pensando que estaba sola, pero había dado la vuelta al mundo para encontrar a alguien que llevara su mismo ADN. Y eso estaba a punto de ocurrir. Kardahl no sólo le había facilitado aquel momento, sino que no la había dejado sola. Y eso era maravilloso.

Impulsivamente, después de bajar del caballo le echó los brazos al cuello.

– Gracias por traerme aquí.

– De haber sabido que iba a recibir tan dulce recompensa te habría traído mucho antes – rió él.

– ¿Jessica?

Jess se volvió al oír la voz de una mujer. Era una mujer de pelo y ojos oscuros.

– Sí, soy yo.

– Soy Aminah. Tu madre. Maram, era mi hermana mayor. Encantada de conocerte – la mujer sonrió.

Y era la misma sonrisa de su madre.

Los ojos de Jess se llenaron de lágrimas.

– No sé cómo explicarte lo que esto significa para mí – consiguió decir, antes de que se le rompiera la voz.

La mujer la abrazó, con un abrazo casi maternal. Era la hermana de su madre quien la abrazaba, quien acariciaba su pelo. Increíble.

– No llores. Esta es una ocasión feliz.

– Lo sé – murmuró Jess, apartándose un poco para luego volver a abrazarla. Después de todo, tenía que recuperar veintitrés años de abrazos perdidos—. Te presento a su alteza real, el príncipe Kardahl Hourani. Mi marido. Ésta es mi tía Aminah.

Su corazón se encendió como un árbol de Navidad al presentar a un miembro de su familia por primera vez en su vida.

– Alteza, bienvenido.

– Gracias.

– Habíamos recibido noticias de tu llegada y mi marido lamenta no poder estar aquí. Está atendiendo el parto de un potro. Pero, por favor, entrad en mi casa. Descansad un poco de vuestra jornada.

La casa era una especie de tienda y el interior estaba iluminado por lámparas de propano.

– Por favor, sentaos.

– Ahora que estoy aquí, no sé que decir – confesó Jess.

– Yo tampoco. Aunque tenemos muchas cosas de que hablar – sonrió su tía.

– Kardahl me ha dicho que tú mi familia me buscó tras la muerte de mi madre.

– Es cierto. Maram...

– Para mí era Mary. No sé de dónde viene el apellido Sterling.

Su tía la miró, sorprendida.

– No era el apellido de tu padre.

– ¿Lo conociste?

—Sé quién era. Y sé que traicionó a mi hermana —respondió su tía, tomando sus manos—. No te sientas avergonzada. Tristemente, mi hermana Yo habría deseado, como mis padres, que hubiera acudido a nosotros. Pero el orgullo se lo impidió y no podemos cambiar el pasado —luego miró a Kardahl, sonriendo—. Pero la tradición ha encontrado la manera de unirnos. Eso está bien. Mi familia está contenta.

—La mía también —dijo él.

—De haber sabido dónde estabas, te habríamos traído de vuelta —siguió su tía—. No haber estado a tu lado todos estos años es una pena que llevare conmigo toda la vida.

—Pero tía no podías saberlo —dijo Jess—. No pasa nada, tía.

—Se lo rápido que pasan los años y lo que nos hemos perdido. Mis propias hijas han crecido tan rápido.

—¿Tengo primas?

—Tres chicas.

—Quiero conocerlas.

Su tía sonreía, pero era una sonrisa un poco triste.

—Están en el colegio en la ciudad. Su padre y yo decidimos que debían recibir una buena educación. Pero las echo mucho de menos.

—¿Y los niños que he visto por aquí?

—Yo les doy clases. Pero no tenemos recursos cuando llegan a la adolescencia.

—Entonces, ¿estáis separadas durante meses?

—Desgraciadamente, sí —suspiró su tía—. Pero debéis de estar cansados después de tan largo viaje. Venid, os mostraré el sitio que he preparado para ti y tu marido.

Jess tenía la impresión de que no sería tan grande como su suite en el palacio de Kardahl. De hecho, seguramente sería sólo una habitación.

Agradecía mucho que Kardahl hubiera ido con ella, pero no había pensado que tendrían que estar juntos las veinticuatro horas del día. Ni que tendrían que dormir juntos.

Jess miró la tienda donde su tía los había dejado para pasar la noche.

—Está un poco apartada del resto del poblado.

—Estamos de luna de miel —le recordó Kardahl—. Tu tía ha sido muy considerada.

—Supongo que no es buena idea contarle la verdad, ¿no?

—No —dijo él—. Aunque estemos aislados, esa información llegaría a la prensa de una forma u otra. Y si la noticia llega a la prensa, todo esto no serviría de nada.

—Me lo temía —suspiró Jess, mirando alrededor—. En fin, es muy bonita.

—Sí, lo es.

—Pero no es a lo que tú estás acostumbrado.

—Según los rumores, estoy acostumbrado a todo tipo de dormitorio.

Jess miró por encima del hombro y lo vio sonriendo.

—¿Ah, sí? ¿Y éste se parece algo a otros dormitorios?

—No, este tiene un encanto único.

Su mirada, sus palabras, la hicieron temblar.

—Sí, es muy bonito. Y mi tía ha debido de esforzarse mucho.

—Las flores le dan un toque especial.

El tono seductor de su voz la hizo temblar de nuevo. Si podía hacerle eso a su cuerpo con una sola frase, ¿qué podría hacer si la tocaba?

—Bueno, tenemos que establecer ciertas reglas.

—¿Ah, sí?

—Cuando nos bañemos, o nos vistamos o cuando nos quitemos la ropa.

—Cuando desees un poco de intimidad.

—Eso es. Cuando necesitemos intimidad, la otra persona saldrá de la tienda.

—De acuerdo.

—En cuanto a la cama —Jess miró el colchón que había en una esquina, por supuesto cubierto de cojines—. Tú dormirás en la cama.

—¿Y tú?

—Yo dormiré en el suelo.

—No puedo permitir eso. Yo dormiré en el suelo.

—No, lo siento. Eso no puede ser.

—¿Y cómo piensas detenerme? —le preguntó Kardahl, con los brazos en jarras.

Lo que quería decir era que él era más alto, más fuerte y podría obligarla si quisiera.

—Sé razonable, Kardahl.

—Muy bien. Entonces, compartiremos la cama.

—Eso no es razonable.

—¿Por qué no?

Jess había estado a punto de decir que era una locura. Pero entonces él le preguntaría por qué y ella tendría que admitir que le daba miedo. Y era una clase de miedo que no conocía. Era miedo de ir donde no había ido antes con un hombre.

Siempre había querido que un hombre le hiciese perder la cabeza. Ahora sabía que tenía que controlar ese deseo. Y lo haría. Cuando Kardahl dejase de mirarla de esa manera.

– Iba a decir que es un detalle, pero estarás más cómodo si duermes solo.

– No te preocupes por mí. Estoy acostumbrado a dormir con una mujer a mi lado.

El brillo de sus blanquísimos dientes le hizo parpadear y se sintió como un ratón frente a un gato hambriento. Estaba jugando con ella y haciéndolo muy bien, además. Porque Jess no podía decir que también estaba acostumbrada a dormir con un hombre. Y si seguía protestando, la situación sería mucho más violenta.

De modo que miró la cama y luego se obligó a sí misma a mirarlo a los ojos.

– Muy bien. Dormiremos juntos.

– Estupendo.

Capítulo 6

– ¿Estas cómoda? – le preguntó Kardahl.

Eso dependía de a qué llamase él «estar cómoda», pensó Jess. Ella nunca había compartido cama con un hombre y allí estaba, tumbada al lado del *playboy* más conocido del mundo.

Y podía sentirlo. Podía sentir el calor de su cuerpo y oír su respiración.

– Estoy absolutamente cómoda – mintió.

– ¿Has hecho todo lo que tenías que hacer cuando he salido de la tienda?

Como Jess estaba durmiendo vestida, la burla del comentario no le pasó desapercibida.

– Sí.

– Las montañas de Bha'Khar pueden ser muy frías de noche.

– Ya me he dado cuenta.

– ¿Tienes frío?

– No, estoy bien – suspiró ella –. Estoy perfectamente.

– No me importaría compartir el calor de mi cuerpo si fuera necesario.

– Ya, pero es que no será necesario.

– Si tienes frío por la noche, tienes mi permiso para acercarte más.

Estaban a sólo unos centímetros. Si se acercaba más estaría encima de él.

– Qué sacrificado eres.

– Desde luego.

Hacía mucho tiempo que Jess no tenía un compañero de piso. Había tenido compañeras durante la universidad y antes de eso, cuando vivía en el orfanato, pero siempre se había sentido sola. Aislada. Pero ya no se sentía así. Sin saber porque, la proximidad de Kardahl le hacía sentir acompañada. Más que nunca en toda su vida. ¿No era esa sensación de tener a alguien la razón por la que su madre había ido de un hombre a otro? ¿O sería algo más?

– Si mi cuerpo puede darte algo de calor, sería un honor para mí.

– Eres un príncipe – dijo Jess, burlona.

Kardahl soltó una carcajada.

Nunca había dormido con un hombre, pero sí la habían besado. Aunque nunca la habían besado como él. Y quería sentir eso otra vez. Tanto...

La profundidad de ese anhelo la convenció de que no podía pasar otra vez.

– Buenas noches.

– Que duermas bien, Jessica.

Kardahl se había metido en muchas camas y siempre había dormido profundamente. Y siempre había despertado relajado a la mañana siguiente. Pero ese no fue el caso después de dormir al lado de su «esposa».

Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tocarla cada vez que Jessica lo rozaba, dormida. Y no había podido pegar ojo en toda la noche.

Jessica pasó el día con su tía, viendo el poblado y jugando con los niños. Kardahl había observado a los hombres, maravillándose ante su habilidad para entrenar caballos salvajes. Y mientras volvía a la tienda donde le habían dicho que estaba la escuela, se encontró deseando ver a su mujer.

La vio jugando al balón con un grupo de niños. El sol brillaba y una agradable brisa movía las hojas de los pocos árboles que había en aquella zona. Jessica llevaba una camiseta de algodón y unos vaqueros. El pelo se movía alrededor de su cara y le brillaban los ojos de alegría.

Seguramente la reacción fue debida a la falta de sueño, pero la tensión entre sus piernas fue repentina e intensa. La deseaba como no había deseado a una mujer en mucho tiempo.

Ella lo saludó con la mano y los niños se quedaron callados al verlo. Cuando llegó a su lado, las niñas salieron corriendo.

—Qué manera de vaciar una habitación, alteza —bromeó Jess.

—No es culpa mía.

—Es que son un poco tímidos. Bueno, ¿qué tal el día, querido?

Kardahl levantó una ceja.

—He comprado un caballo.

Jessica lo miró, sorprendida.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? ¿Es para ti?

—No. para mi hermano Malik. Me pidió que comprase un caballo para su prometida.

—Espero que esa prometida aprenda tu idioma antes de casarse.

—Malik es el príncipe heredero. No habrá ningún error.

—Bonitas palabras —bromeó ella.

—¿Y qué tal lo has pasado tú, querida?

Jess levantó una ceja.

—He pasado el día con mi tía, en la tienda a la que llaman colegio.

—¿Y por qué arrugas el ceño? ¿Ha pasado algo?

Ella negó con la cabeza.

—No, no. Pero la educación aquí es una batalla. No hay libros suficientes para todos los niños y la situación es muy precaria. No tienen ordenadores ni tecnología alguna que los acerque al resto del mundo.

—Para eso hace falta dinero.

—En un país próspero como este, es inexcusable que no tengan ordenadores — replicó Jess—. Y eso sí es culpa tuya.

—¿Ah, sí?

—Mi tía me ha dicho que hace años pidieron fondos para la educación de los niños al ministro de Finanzas, o sea, a ti, pero la petición no dio ningún resultado.

—Ya entiendo —murmuró Kardahl, pensativo.

Dos años antes había estado tan consumido de dolor que no se tomaba interés alguno por el trabajo.

—Ésta también es tu gente, Kardahl. Sé que su estilo de vida es diferente al vuestro, pero tiene que haber una manera de hacerles llegar tecnología, ordenadores, libros. Éste es un país rico en petróleo, pero los niños son los mejores recursos naturales. Alguien tiene que preocuparse por ellos.

—Tu pasión por este tema te haría una aliada ideal. Es una pena que no vayas a quedarte en Bha'Khar.

Era cierto. Jessica Sterling era una mujer a la que había que respetar. Lo intrigaba y lo deleitaba a la vez y eso significaba que no estaba tan desconectado de ella como debería.

—Ojalá mi visita pudiese durar más.

—Entonces, ¿no lamentas amargamente haber firmado ese papel?

Jess sonrió.

—Sigo lamentándolo, pero no lamento estar aquí. No te puedo explicar lo maravilloso que es conocer a mi familia.

—Tu tía parece una mujer encantadora.

—Lo es —Jess empezó a romper una hojita que tenía en la mano—. La verdad es que me daba miedo.

—¿Qué te daba miedo? —le preguntó Kardahl acercándose un poco más—. Dímelo.

—Pues no sabía pensé que estaba destinada a ser como mi madre.

—¿En qué sentido?

—Mí madre no se casó nunca. Hubo un hombre después de otro en su vida y cada vez pensaba que ése iba a ser su final feliz. Pero nunca funcionó y empezó a beber. Vino, vodka, lo que tuviera más a mano. Para olvidar. Para los hombres era muy fácil usarla, claro. Era un círculo vicioso que acertó su vida.

—Era alcohólica, ya lo sé.

– Dicen que esa tendencia se hereda –suspiró Jess—. Así que siempre me he preguntado Aunque los libros dicen que en la vida todo es una elección, yo me he preguntado muchas veces si acabaría como ella.

Kardahl la miró, sorprendido.

– Yo no conocí a tu madre, pero estoy seguro de que, a pesar de todo, era una buena persona.

– ¿Cómo puedes estar tan seguro?

Él tomó su cara entre las manos.

– Si no fuera cierto, no habría tenido una hija tan maravillosa y tan fuerte como tú.

Jess sonrió. Una sonrisa tímida, pero que borró las sombras de sus ojos.

– Gracias.

Kardahl apartó las manos.

– Entonces, ¿no lamentas haber venido aquí?

– No. Nunca podría lamentar la oportunidad de conocer a mi familia, sus tradiciones Siempre creí que todo esto era inventado por mi madre. Pero resulta que es verdad.

– Las tradiciones no son siempre buenas.

– Lo dices porque no has tenido que vivir sin ellas.

– Eso es cierto –suspiró Kardahl—. Pero si no fuera por la tradición, tú y yo no estaríamos casados.

– Ya, claro, eso es un problema. Pero en fin, dejemos ese asunto. Me alegra que hayas venido a buscarme.

– ¿Ah, sí? ¿Por qué?

– Porque estamos invitados a una celebración. Las festividades comenzarán a la puesta de sol y estará todo el mundo.

– ¿Ahora? –preguntó Kardahl, mirando al cielo.

– Sí, supongo que sí. Mi tía Aminah dice que habrá comida y baile y que deberíamos prepararnos para bailar hasta caer rendidos.

Kardahl sonrió. Si no encontraba la manera de soportar su presencia en la cama, tendría que pasar por un infierno. Su bien ensayada indiferencia empezaba a esfumarse. Lo sabía porque era algo más que deseo lo que sentía por Jessica. Y eso le molestaba, porque deseo era lo único que quería sentir por una mujer. Era mucho menos complicado.

Jess, al lado de Kardahl, miraba sus pies intentando recordar los pasos que su tía le había enseñado. La gente del pueblo tocaba la guitarra y otros instrumentos de

cuerda que Jess no había visto nunca. En una zona abierta entre las tiendas habían hecho una gran hoguera alrededor de la que hombres, mujeres y niños, incluyendo algunos que todavía no sabían andar, cantaban y bailaban alegremente.

Jess intentó seguir los pasos de Kardahl y soltó una carcajada al dar un tropezón.

—Se me da fatal. Este patético intento de bailar demuestra que debería haberme dejado los pies en casa.

—Como todas las actividades físicas, solamente hace falta práctica.

¿Todas las actividades físicas? ¿Qué había querido decir con eso? ¿Se refería al sexo? No, absurdo. Estaba dándole demasiada importancia a una simple frase. Pero, dada su reputación, era un pensamiento lógico.

—Yo he practicado mucho el vals, pero esto no es lo mío.

—Entonces, bailaremos el vals —dijo Kardahl.

De repente, Jess se encontró entre sus brazos, siguiéndolo en un baile lento.

—¿Qué haces?

—Bailar el vals.

En sus ojos podía ver las llamas de la hoguera. Habían llegado a las montañas veinticuatro horas antes y aquélla era la primera vez que su respiración se veía afectada por la altura. Y rezaba para que el ejercicio y el baile fuesen la razón.

Rezaba para que no tuviera nada que ver con la solidez de su torso ni con los fuertes miembros masculinos. Esperaba que no fuera el aroma de su piel. Si Kardahl tenía un motivo oculto para abrazarla, no quería saberlo.

—¿Ves como puedes bailar? Sólo te falta práctica.

—Ya —murmuró ella—. Sobre eso de la práctica.

—¡Jessica! —la llamó su tía Aminah—. Alteza tengo preparada una sorpresa para los dos en vuestra tienda.

Jess arrugó el ceño.

—No entiendo.

—Es hora de que os retiréis.

Oh, no Seguro que aquello tenía que ver con la cama, pensó Jessica, horrorizada.

—Pero la fiesta aún no ha terminado. Y no estoy cansada —protestó.

Aminah sonrió.

—Me alegro mucho. Tu marido y tú estáis recién casados y sólo hay que veros uno en los brazos del otro para darse cuenta de que estáis deseando quedaros solos.

—No. Lo estamos pasando muy bien.

—No te preocupes por mí, Jessica. No estás hiriendo mis sentimientos —la interrumpió su tía—. Es comprensible que dos recién casados quieran estar solos.

—Pero...

Jess miró a Kardahl, deseando que dijera algo, pero él se limitó a sonreír... y a ella le habría gustado darle una patada. Era un príncipe. Sólo tenía que proclamar que querían quedarse en la fiesta y todo estaría bien. Pero se quedó ahí, sin decir nada.

—Gracias —dijo Jess por fin.

Kardahl le ofreció su mano.

—Vamos, querida.

—Eres incorregible —murmuró Jessica.

—Ah, qué halagadora.

—No era un halago.

Cuando llegaron a la tienda Jess estaba a punto de decirle lo que podía hacer con su «vamos, querida» hasta que vio una bañera de agua caliente en una esquina. A su lado había un taburete con dos toallas y velas diminutas por todas partes.

—Ésta debe de ser la sorpresa.

Kardahl miró alrededor.

—Por tu expresión, diría que te gusta. Si me mirases a mí de esa manera, el asunto de consumir nuestro matrimonio no estaría en cuestión.

Jess se quedó sin oxígeno en los pulmones. Literalmente.

—Ya, sí, bueno, pero nosotros tenemos un acuerdo, así que tienes que salir de la tienda —le dijo, después de aclararse la garganta—. Esto es algo privado.

—Como deseas.

Cuando estaba tan cerca, y con tantas velas alrededor, Jess no podía pensar con claridad y no sabía lo que deseaba.

—Tardare poco. Me bañaré a toda prisa.

—Ésa es la diferencia entre tú y yo. Que yo no hago las cosas a toda prisa —sonrió Kardahl enigmático.

Pero la dejó sola y Jess no perdió el tiempo desnudándose y metiéndose en la bañera. Era maravilloso, casi como estar entre los brazos de Kardahl. Pero ése era un pensamiento peligroso considerando su reputación y el hecho de que para que su unión fuese temporal tenía que alejarse de aquel hombre todo lo que pudiera.

Antes de ir a las montañas habría pensado que ella era demasiado lista como para caer bajo su hechizo. Y si no demasiado lista, sí demasiado juiciosa. Jess había jurado no ser como su madre, no dejar nunca que los hombres se aprovecharan de ella y de su vena romántica. Pero allí estaba, luchando contra su propia naturaleza.

—¿Todo va bien?

La voz de Kardahl, al otro lado de la tela que hacía las veces de pared, la hizo saltar en la bañera. Sólo esa tela los separaba, pero como no podía verlo pensó que tampoco Kardahl podía verla.

– Estoy bien. ¿Y tú?

– Como no puedo disfrutar de tu cálida presencia helado.

– El agua está maravillosa. Ni demasiado caliente ni demasiado fría. Está estupenda.

– Me alegro.

– ¿A que ha sido un detalle?

– Desde luego que sí. Pero no creo que esto fuera lo que tu tía tenía en mente.

– ¿No? Bueno, podría haberle contado la verdad, pero sé que no es el momento.

– Se agradece la discreción.

– Siempre estoy contenta de hacer lo que debo.

– No siempre – murmuro el –. Pero si decides cambiar de opinión, estaré más que encantado de participar.

– Si decido hacerlo, tú serás el primero... en saberlo – rió Jessica.

Sería literalmente el primero. Jess tuvo que luchar contra la tentación con todas sus fuerzas. Si se dejaba llevar, no podría volver atrás y ella quería escapar de aquel absurdo matrimonio.

– No quiero meterte prisa. Jessica, pero el aire se vuelve muy frío en las montañas por la noche.

El agua también estaba empezando a enfriarse. Una pena, ya que estaba disfrutando mucho del baño. Pero cuando Jess alargó la mano para tomar la toalla.

– ¡Ay, qué horror!

– ¿Qué ocurre?

La araña más peluda y más enorme que había visto en toda su vida estaba justo encima de su toalla. Jess salió de un salto de la bañera y vigiló que la araña no se acercase mientras se envolvía en la otra toalla. Apenas se había cubierto cuando Kardahl entró en la tienda.

– Jessica, ¿qué ocurre?

– Una araña. Haz algo.

Kardahl se limitó a sonreír.

– Es una arañita inofensiva.

– ¡Una arañita inofensiva! Una cosa tan fea no puede ser inofensiva.

– Ella tiene más miedo de ti que tú de ella.

– Lo dudo mucho.

Kardahl se acercó y tomó la araña con cuidado.

—¡No te acerques! —gritó Jess, cerrando los ojos. Afortunadamente, oyó que Kardahl apartaba la tela que hacía de puerta para tirar a la araña y luego lo oyó acercarse. O, más bien, respiró el aroma de su piel y supo que estaba a su lado. Tan cerca que podía tocarlo. Y esa vez lo único que había entre ellos era una toalla.

—Se ha ido. Estás a salvo.

Pero cuando abrió los ojos, el brillo en los de Kardahl le dijo que no estaba a salvo en absoluto.

Capítulo 7

Aquella era otra primera vez en una larga lista de primeras veces. Jess nunca se había visto tan cerca de un hombre estando prácticamente desnuda. Ninguna parte del cuerpo de Kardahl tocaba el suyo, pero mirándolo a los ojos sentía como si sus manos la estuvieran acariciando por todas partes. Su aliento movía los mechones de pelo alrededor de su cara y, cuando bajó la mirada hasta la mano que sujetaba la toalla que apenas cubría sus pechos, sus ojos se oscurecieron.

Su primera impresión de él había sido la correcta. Podía poner el mundo de una chica patas arriba.

Y la tienda empezó a dar vueltas cuando él bajó la cabeza y rozó sus labios. Aunque la mano que sujetaba la toalla los separaba. Pero él seguía besándola, rozando sus labios con besitos suaves que eran como un caleidoscopio de pasión, breves imágenes de algo increíblemente erótico.

Kardahl pasó una mano por su pelo.

—No espero que me creas, pero no pensaba besarte.

Tenía razón. No lo creía. Pero el hecho de que hubiera dejado de besarla cuando la tenía a su merced le haría quedar fatal en el mundo de los *playboys*.

—¿Por qué lo has hecho?

Los ojos de Kardahl se oscurecieron.

—No he podido evitarlo.

Muy original.

—¿Por qué has parado?

—Mi conciencia me lo ha pedido. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Es prerrogativa de una mujer cambiar de opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre la consumación de nuestro matrimonio —contestó Kardahl—. Si tú estás dispuesta, yo estaría encantado de que nuestro matrimonio lo fuese de verdad en el sentido físico.

Jess suspiró. Cuando la besaba, el mundo desaparecía. No había nada más que sus ojos oscuros, su sonrisa, el aroma de su piel.

—No he cambiado de opinión. Quiero anular el matrimonio.

—Como desees —murmuró Kardahl—. Pero sigues mojada. Perdona. Te dejo sola. Yo iré a bañarme en el riachuelo.

Kardahl desapareció y Jess tuvo que suspirar, aliviada y decepcionada a la vez. Luego se secó el pelo a toda prisa y se puso una camiseta y un pantalón de chándal antes de meterse en la cama.

Una hora después lo oyó entrar en la tienda. Tenía el pelo mojado y sus dedos deseaban tocarlo Pero ése no era el mayor reto. Iba con el torso desnudo; un torso cubierto de una suave mata de vello oscuro que llegaba hasta el abdomen y desaparecía bajo la cinturilla del pantalón. Jess cerró los ojos y todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos mientras se preparaba para pasar la segunda noche con aquel hombre.

La lámpara de propano se apagó poco después y quedaron en la oscuridad. El brazo de Kardahl rozó el suyo al meterse en la cama. Su piel estaba fresca en contraste con la suya. Olía a montañas, a agua fresca, a hombre.

— Sé que no estás dormida.

— ¿Cómo lo sabes?

— Estás tensa, lo noto.

— ¿Qué tal el baño?

— No tan cálido como el tuyo.

— Lo siento.

— Más lo siento yo.

Jess observó su expresión de niño enfadado. Y eso la hizo reír. Y cuanto más intentaba contener la risa, más imposible le resultaba.

— ¿Te hace gracia? — preguntó Kardahl.

— No, no me hace gracia. Bueno, sí. La verdad es que no puedo creer lo bien que te estás portando.

— Vivo para servirte — contestó él—. ¿Ves? Los *playboys* no somos tan malos.

— No pienso discutir — rió Jess—. Pero no puedo dejar de pensar lo diferente que habría sido mi vida si hubiera conocido antes a mi familia.

— Si hubieran sabido dónde encontrarte, sin duda habrían intentado traerte a vivir con ellos en Bha'Khar.

Era cierto. La habían recibido con los brazos abiertos. Y no sólo sus tíos, sino todo el pueblo.

— Sí, es verdad — dijo ella.

— ¿Qué te pasa? Pareces triste.

— Lo estoy no sé porqué.

— La vida no es la meta, sino la jornada — suspiró Kardahl—. Cada uno de nosotros tiene un destino desde que nace y hay muchos caminos para encontrarlo.

— Entonces, ¿crees en el destino?

— Creo que el destino sabe cómo encontrarnos. De no ser así, la carta de tu madre habría permanecido enterrada en el archivo de ese abogado para siempre.

— Pero no fue así.

– No. El descubrimiento de esa carta dio lugar a una serie de acontecimientos que se habían puesto en marcha hace años.

– Nuestro matrimonio.

– Eso es. Tú estás viviendo tu destino por el momento. Y ha sido tu familia quien ha puesto el destino en movimiento.

– Sí. Y estoy deseando conocer a los demás.

– Paciencia, pequeña.

Eso era fácil de decir. Él nunca había tenido que hacerse preguntas sobre su familia. Evidentemente, no se llevaba bien con su padre, pero eso era mejor que no saber quién era, no saber nada de sus familiares. Jess estaba deseando conocer a sus abuelos. Y si no podía hacerlo, firmaría la anulación y volvería a su país. Porque cada segundo que pasaba con Kardahl le hacía sentir más inquieta.

Era el primer hombre que había conseguido hacerla temblar. Pero era un *playboy*, un príncipe. Ni en sueños habría imaginado nunca que se sentiría atraída por un famoso seductor.

Cuando descubrió el asunto del matrimonio por poderes pensó que su desprecio por ese tipo de hombre la mantendría a salvo. No había anticipado que Kardahl no sería, en realidad, ese tipo de hombre.

Después de ver cómo usaban a su madre, jamás pensó que eso le podría pasar a ella, pero había subestimado el magnetismo de Kardahl. Y sus propios deseos.

A la mañana siguiente, Kardahl pidió que ensillasen a los caballos para volver a la capital. La gente del pueblo los despidió en la carretera y Jessica abrazó a muchos de ellos, incluyendo a su tío. Pero dejó a su tía Aminah para el final. Y cuando se apartaron, las dos mujeres tenían lágrimas en los ojos.

– Ojalá no tuviera que irme – dijo Jess, dando un paso atrás.

Aminah tomó la cara de su sobrina entre las manos.

– El destino te ha traído de vuelta y nos veremos pronto. Mientras tanto, quiero que sepas que mi corazón está contigo.

– Y el mío contigo – contestó Jess.

Aminah miró a Kardahl.

– Tú eres un príncipe de sangre real y el marido de mi sobrina. Mis padres han elegido que tú cuides de la nieta a la que quisieron incluso antes de que naciera. Te ruego que te tomes esta responsabilidad con la mayor seriedad.

– Considéralo hecho – dijo él.

– Sabiendo que estará a salvo me quedo más tranquila. Gracias, alteza.

— Adiós — se despidió Jessica, abrazando a su tía de nuevo. Cuando subió al caballo tenía lágrimas en los ojos otra vez, pero no dijo nada.

Había una inocencia en ella, una ternura que a Kardahl le resultaba demasiado atractiva. Pero le molestaba que esa inocencia mantuviera su pasión prisionera. Lo había notado cada vez que la besaba, como si no la hubieran besado antes, como si no hubiera conocido íntimamente a un hombre.

— Estás extrañamente callada — dijo poco después.

— ¿Ésa es tu forma de decir que soy una bocazas?

— No, claro que no — contestó él —, ¿En qué estás pensando?

— ¿No es evidente?

— Sí, pero sé que hay algo más. Es más que la tristeza del adiós.

— Tienes razón.

Y eso le sorprendió. Él no estaba acostumbrado a descifrar lo que había en la cabeza de una mujer. Desde que perdió a Antonia, se había concentrado en el complicado asunto de convertir a Bha'Khar en un país moderno y próspero. Entre su trabajo y las mujeres con las que se relacionaba, mujeres que le daban alivio a su cuerpo y ninguno a su alma, había conseguido olvidar su dolor durante ciertos periodos de tiempo.

Pero empezaba a darse cuenta de que Jessica no era una de esas mujeres. Era una mujer cuyos pensamientos estaba empezando a descifrar.

— Mí tía Aminah echa de menos a sus hijas y yo siento que también la estoy abandonando.

— Sus hijas volverán pronto a casa.

— De visita, pero luego se irán de nuevo al colegio. Los niños no deberían abandonar a sus padres tan jóvenes.

— Ha sido así durante años.

— Ya, ¿y porque ha sido así tiene que seguir siendo así?

— La gente del desierto ha decidido que ésa es la forma en la que quieren vivir.

— Ya, claro. Como yo decidí tener una madre que sólo encontraba consuelo en una botella de alcohol cuando algún hombre la traicionaba — replicó Jess —. O tú has decidido nacer en una familia que elige a tu esposa por ti.

— ¿Dónde quieres llegar?

— No lo sé — suspiró ella —. Supongo que estoy intentando reconciliar dos formas tan extremas de vida. Tú has crecido rodeado de lujos, pero la gente del desierto no tiene siquiera un techo permanente sobre sus cabezas.

— Tus palabras suenan como una acusación. Pero sería absurdo intentar defenderme. Sé que disfruto de muchos beneficios materiales pero, a pesar de lo que pueda parecer, mi vida no es perfecta.

– Sí, supongo que debió de ser horrible perder a la mujer a la que amabas.

– Lo fue.

– Y sería estúpido por mi parte decir que debes seguir adelante con tu vida. Pero el destino te ha puesto en una situación envidiable y con esa situación también has heredado una gran responsabilidad.

– El deber, sí.

– Y tienes que servir a la gente de Bha'Khar. Pero a toda la gente de Bha'Khar. Kardahl. Incluyendo a los que viven en el desierto y las montañas. Tú mismo admites que has tenido muchas ventajas en la vida. Y supongo que una de esas ventajas es haber tenido una buena educación.

– Por supuesto.

– Supongo que tendrías tutores y todo eso.

– Y luego fui a la universidad. Tengo un *máster* en Administración de Empresas y en Derecho.

– ¿Y qué has hecho con esa educación? – le preguntó Jess entonces.

– Estoy trabajando para que Bha'Khar sea un país moderno.

– ¿Y la gente del desierto vive en un país moderno?

– Tu gente – dijo él.

– Mi gente – asintió Jess –. Nunca pensé que diría esto, no sabía que yo tuviera familia. Pero ahora que los conozco no puedo darles la espalda. Y no entiendo cómo tú, siendo el príncipe, puedes hacerlo.

– No lo hago.

Jessica dejó escapar un suspiro.

– Sé que la tecnología ha hecho que el mundo parezca más pequeño. Pero es importante para Bha'Khar tener ciudadanos educados. Se puede llevar la tecnología a esa gente, Kardahl. No tendrían que irse de casa tan jóvenes. Sólo hace falta dinero y alguien a quien le importe de verdad.

Ése era el problema. En general, él estaba preocupado por su gente. Pero la pasión había desaparecido de su vida con Antonia y no quería resucitarla.

– A ti te importan. Si decides no anular nuestro matrimonio podrías quedarte aquí y ser la defensora de su causa.

– No puedo quedarme – suspiró ella –. Pero tú eres quien tiene el dinero. Tú estás en una posición desde la que puedes ayudar. Si quisieras hacerlo.

– No es tan sencillo como parece, Jessica.

– Nunca lo es.

Kardahl la miró. Había crecido sola, sin nadie que le enseñara el camino, pero creyendo que el mundo podía ser un sitio mejor. Él había crecido rodeado de riquezas y sabiendo que el precio que tendría que pagar por ello era el deber hacia su

gente. Luego el destino le había quitado la luz de su vida y se había vuelto ajado, descontento, desconectado de todo.

Jessica sería un tesoro para el hombre que fuese capaz de romper las defensas tras las que se escondía. Debía estar con un hombre que la mereciera. Pero él no era ese hombre.

Ella ponía su corazón en la vida y no había vida en su corazón.

Capítulo 8

Jessica, apoyada en la barandilla de la terraza, tomaba un café por la mañana. Llevaba un camisón de la más fina tela dorada, nada que ver con la ropa que había usado en las montañas.

Había conocido a su tía Aminah, la hermana de su madre, y el encuentro había sido un éxito. Había logrado saltar un obstáculo sin problemas. Sólo le quedaban dos.

Esperaba que sólo fueran dos. Pero aquella mañana se sentía extrañamente triste. Debería haber dormido bien en aquella enorme cama con sábanas de algodón egipcio, pero no. Kardahl y ella habían pasado juntos los últimos dos días y lo echaba de menos.

Había pasado dos días con el seductor príncipe y ya lo echaba de menos. Estaba empezando a acostumbrarse a él.

Pero tenía que dejar de hacerlo. De hecho, tenía que dejar de estar con él todo el tiempo.

Un ruido la hizo volver la cabeza entonces.

—Kardahl.

—Buenos días.

Él sonrió y esa sonrisa la afectó como si un golpe de artes marciales en las rodillas la hubiera obligado a doblar las piernas. O quizá no era sólo la sonrisa. Kardahl iba en vaqueros, con una camiseta blanca con las mangas subidas hasta el codo. Lo había visto en esmoquin, con traje de chaqueta y con ropa de montar, pero era la primera vez que lo veía con un atuendo tan informal, tan europeo. Y lo que más le molestaba era que pareciese tan descansado.

—¿Qué haces aquí?

Él la miró de arriba abajo.

—Bonito camisón.

—Gracias —murmuró Jess, sin saber cómo cubrirse.

—¿Has dormido bien?

—Sí —mintió ella—. No había dormido mejor en toda mi vida.

—Me alegro.

—¿Y tú?

—Te he echado de menos.

Kardahl estaba mintiendo, seguro. Tenía que ser así.

—Sólo han sido dos noches.

—Pero han sido dos noches memorables —sonrió Kardahl.

–Supongo que no estás acostumbrado a dormir con una mujer y dormir de verdad.

– Exactamente.

– Para mí también fueron memorables –le confesó Jess. Porque nunca había estado tan cerca de entregarse a un hombre—. He estado pensando, Kardahl.

– Ah, huelo el peligro.

– ¿Estás haciéndote el gracioso?

– Sí.

Jess levantó los ojos al cielo.

–Supongo que tendrás mejores cosas que hacer que ir conmigo a ver a mi familia. Mi tía Aminah me dijo que mi otra tía es medico en la ciudad de Aleaba. Si pudiera tener un coche y un conductor a mí disposición.

– Eso es lo que había venido a decirte.

– Ah.

– Tu otra tía ha enviado una nota para decir que está deseando conocerte.

– ¿En serio?

Aun después de la calurosa acogida de su tía Aminah. Jess necesitaba estar segura.

– Le han dicho que llegarás hoy por la tarde.

– ¿Akaba está cerca de aquí?

– No, no muy cerca.

– ¿Puedo ir en coche?

– Sería mejor ir en avión.

– Si hubiera algún problema, supongo que puedo llamarla para decir que llegaré mañana.

– No hace falta. Te aseguro que el avión estará preparado.

– Pero el avión es muy grande y...

– Es otro, más pequeño. Un *jet* ejecutivo –la interrumpió Kardahl.

– Bueno, en fin, uno nunca tiene demasiados aviones –bromeó Jess.

– Podemos llegar a Akaba.

– ¿Podemos? ¿Es que vas a ir conmigo? ¿No tienes nada mejor que hacer?

– Ya te he dicho que tengo ayudantes de confianza. Sería un grosería por mi parte dejarte sola –dijo él, inclinando ligeramente la cabeza—. Si puedes estar lista en una hora, te llevare a Akaba.

– ¿Cómo que me llevarás?

– Yo seré el piloto.

Jess abrió muchos los ojos.

—No entiendo. Con las responsabilidades que debe de tener el ministro de Finanzas, ¿de dónde has sacado tiempo para aprender a pilotar un avión?

—Lo he hecho mientras ignoraba las necesidades de mi pueblo.

—¿Estás haciéndote el gracioso otra vez?

Kardahl se encogió de hombros.

—He tenido oportunidad de pilotar ese avión muchas veces. Y te juro que jamás pondría tu vida en peligro.

—No se me había ocurrido pensarlo. Pero es que no quiero que pierdas el tiempo conmigo.

—Ahora mismo, tú eres quien más importa.

Nadie la había puesto la primera. Nunca. ¿Cómo iba a decirle que no quería serlo? ¿Que necesitaba estar sola, que necesitaba distanciarse de él?

—Mira, Kardahl, no es que no te agradezca todo lo que haces por mí, pero...

—¿Estás intentando librarte de mí? —la interrumpió, cruzándose de brazos—. ¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa?

«Sí», le habría gustado decir a Jess. Pero ni mil caballos salvajes le harían confesar eso.

—Claro que no. Es que tú eres un hombre con muchas obligaciones y yo estoy aquí por una cuestión personal. No quiero molestarte.

—Pero cuanto antes cumplas con esa misión, antes puedes volver con tus niños a Estados Unidos, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—Entonces, estoy a tu servicio. Te llevare a Akaba y prometo que no dejaré que te pase nada malo.

—Muy bien.

Después de eso, sólo tendría que visitar a sus abuelos antes de volver a casa. Ese pensamiento debería haberla consolado, pero no era así. Y no estaba preocupada por tener un accidente. Era su corazón lo que le preocupaba. Uno por uno, todos los defectos que había creído ver en Kardahl estaban desapareciendo. Era muy guapo. Era amable. Era inteligente, era honesto. Y, además, sabía pilotar un *jet*.

¿Había algo que no supiera hacer?

Sí. No podía quererla y cuanto más tiempo pasaran juntos más grande sería el problema.

* * *

Kardahl apagó los motores del jet, agradeciendo al cielo no haber sufrido incidente alguno. Aunque no había sido fácil concentrarse en los mandos sabiendo que Jessica estaba pendiente de lo que hacía.

– Tranquila – le dijo, mientras se dirigían hacia la limusina—. Tu tía está deseando conocerte.

– Eso es fácil de decir – murmuró ella.

– Sí, es fácil – sonrió Kardahl—. Y antes de que lo preguntes, sí, me estaba haciendo el gracioso. Al menos, lo estaba intentando.

– Podrías trabajar en un circo de lo gracioso que eres.

– Lo dudo. ¿Por qué estás tan nerviosa?

– Si tú hubieras crecido como yo, estarías igual.

– Quizá.

Como no sabía que decir para calmarla, Kardahl decidió apretar su mano. Jessica no protestó y él siguió tomándola de la mano hasta que llegaron al hospital donde los esperaba su tía.

– Lamento decirte que hay fotógrafos en la puerta – suspiró, cuando llegaron al hospital.

– Ya lo he visto – dijo Jess.

– Me lo temía. Después del anuncio de nuestro matrimonio hemos desaparecido durante unos días y esos reporteros estarán hambrientos.

– Bueno, pues vamos a terminar con esto de una vez.

– Como quieras.

Cuando se acercaron a los fotógrafos, afortunadamente separados de ellos por unas vallas, Jessica sonrió.

– Contestare sólo a un par de preguntas.

– ¿Va a tener un hijo, alteza?

– No, hoy no.

– ¿Está embarazada, alteza? – preguntó otro.

– No.

– Hay rumores de que el príncipe y usted tienen problemas para concebir.

– No es cierto.

Sólo porque no lo habían intentado, claro. Y no por falta de deseo, pensó Kardahl.

– ¿Ha venido aquí por problemas de fertilidad? – preguntó alguien.

– ¿Por qué cree eso? – exclamó Jess, atónita.

– ¿Ha venido a Akaba para que nadie lo supiera?

—No. Y antes de que siga preguntando, el príncipe y yo no tenemos ningún problema. Hemos venido al hospital para visitar a mi tía, la doctora Janan Fahrani.

—¿Están intentando tener hijos?

—Aún no hemos hablado de ello —contestó Jessica, enigmáticamente—. Y ahora, si nos perdona, estoy deseando ver a mi tía.

Luego se dio la vuelta, sin prestar atención a los gritos de los fotógrafos.

—¿Por qué has hecho eso? Podríamos haberlos ignorado.

Jess se encogió de hombros.

—No lo sé, por instinto. Si nos enfrentamos a ellos no podrán seguir molestándonos. Yo no pienso salir corriendo cada vez que vea una cámara.

Como hizo Antonia, pensó Kardahl. Su rabia por ser presa de los medios de comunicación había provocado el trágico accidente en el que murió. Si pudiera volver atrás.

Justo entonces una mujer de pelo oscuro se acercó a ellos. En el bolsillo de su bata blanca llevaba bordado su nombre: Janan Fahrani.

—No puedo decirte lo contenta que estoy de conocer a la hija de mi hermana.

—Y yo estoy feliz de conocer a la hermana de mi madre. Te pareces tanto a ella —la voz de Jessica se rompió y tuvo que llevarse una mano a la boca.

La otra mujer abrió los brazos como había hecho Aminah y Jess se echó en ellos.

—He conocido a la tía Aminah —dijo después, cuando pudo dejar de llorar.

—¿Cómo están mi hermana y su familia?

—Bien. Pero echa de menos a sus hijas —suspiró Jess—. Ay, perdona, te presento a su alteza real el príncipe Kardahl Hourani.

—Tu marido. He visto las fotografías del compromiso.

Kardahl le ofreció su mano.

—Encantado, doctora Fahrani.

—Es un placer. Lamento no haber podido ir a veros a la capital, pero tengo muchísimo trabajo. Siento que hayáis tenido que venir hasta aquí.

—No importa —sonrió Jess—. Kardahl tiene un avión y sabe pilotarlo.

Su tía soltó una carcajada.

—Aun así, es un detalle que la haya traído hasta mí.

—¿Seguirá pensando lo mismo si le digo que lo he hecho para impresionar a mi esposa?

—Dudo que haya sido sólo por eso —sonrió la doctora, mirando a su sobrina—. He hablado con mis padres y me han pedido que te diga que también ellos están deseando conocerte. Pronto llegarán a casa, ya verás. No han podido cancelar unas

reuniones con dignatarios extranjeros, ni siquiera por algo tan importante como conocer a su nieta.

Jessica tragó saliva.

– Me han dicho que buscaron a mi madre durante todos estos años.

– Así es.

– Mi madre cambió su nombre. Supongo que fue por eso por lo que no pudieron encontrarla.

Janan suspiró.

– Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Durante una hora, Jessica y su tía estuvieron hablando de la familia, del pasado, de todo lo que se habían perdido. Y después la doctora Fahrani les enseñó el hospital, uno de los más modernos del país, en el que se investigaban nuevos tratamientos para el cáncer y la diabetes.

Mientras iban por un pasillo, Janan anunció:

– He guardado lo mejor para el final.

Luego pulsó un botón y una doble puerta de acero se abrió automáticamente. A la izquierda había una pared de cristal. Tras ella, una habitación llena de niños recién nacidos y varias enfermeras atendiendo a los que lloraban.

– Éste es el nido del hospital.

Jessica se acercó.

– Qué bonitos son.

– Nuestro recurso natural máspreciado – asintió su tía.

– Yo le dije eso a Kardahl una vez – sonrió Jess–. Son tan preciosos ¿no te parece, Kardahl?

Kardahl se acercó para ver a los niños, algunos llorando, otros durmiendo, otros moviendo los puñitos en el aire. Apenas había oído las palabras de Jessica porque algo tan hiriente como un puñal se había clavado en su pecho. Jamás había querido imaginar a su hijo o su hija como un niño vivo. Ahora sabía por qué. No había querido pensar en aquella frágil vida perdida, en los sueños que no se harían nunca realidad.

Hasta aquel momento había conseguido enterrar esa parte de su dolor, pero ahora era como una piedra en su corazón. No podía respirar.

Sin decir una palabra, se dio la vuelta y salió de la sala.

Capítulo 9

— ¡Kardahl! ¡Espera!

— Quiero estar solo.

— ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? — exclamó Jessica, que lo había seguido, sorprendida.

Pero Kardahl pulsó el botón del ascensor y las puertas se cerraron.

— No sé qué le ha pasado y no quiere decírmelo — suspiró Jess cuando su tía llegó a su lado.

— He visto esa mirada antes — murmuró su tía.

— ¿Qué quieres decir? ¿Conocías a Kardahl?

— No, a él no. Pero he visto muchas veces esa expresión de dolor. Como médico, estoy acostumbrada a informar de la muerte de un familiar. Kardahl tiene la mirada de alguien que conoce la enfermedad de un ser amado, pero que no está dispuesto a dejarlo ir.

Jess pulsó el botón del ascensor, como si así pudiera llegar antes.

— Tengo que ir con él — murmuró, angustiada—. No debe estar solo.

— Pero eso es lo que quiere.

— Es lo que ha dicho, pero no es lo que quiere. Perdió a alguien a quien quería mucho y yo también. Cuando mi madre murió, me quedé sola en el mundo.

Su tía apretó los labios.

— Jess, nosotros no sabíamos.

— No te estoy culpando a ti. Tú no podías hacer nada. Pero yo sé lo que es sentirse sola. Y luego llegué aquí, a Bha'Khar, y Kardahl estaba esperándome.

— Claro. Es tu marido y te importa mucho, lo entiendo. Además, es evidente que lo quieres.

¿Era evidente? Jess esperaba que no fuese verdad. Aunque era difícil que no le importase un hombre que estaba siendo tan bueno y tan comprensivo con ella. Su apoyo le había dado confianza. Y lo supiera Kardahl o no, necesitaba a alguien ahora y ella no pensaba abandonarlo.

— Es mi marido, tía Janan. Y ahora debo ir con él.

Su tía asintió con la cabeza.

— Ve. No te preocupes, volveremos a vernos muy pronto.

Jess la abrazó con fuerza y luego entró en el ascensor.

Jessica paseaba nerviosa por la suite del hotel Ritz-Carlton en Akaba. Kardahl había dejado instrucciones para que la llevaran allí, pero él había desaparecido. Y Jess empezaba a estar frenética. ¿Qué podía haberle pasado? ¿Qué podía haber despertado esa respuesta?

Horas de espera la estaban volviendo loca de preocupación. En su trabajo veía niños como ella misma que lo habían perdido todo. Había visto la desesperación y la soledad en sus ojos. No había nada más horrible que eso en el mundo y había reconocido esa desolación en los ojos de Kardahl.

¿Dónde iba un hombre desesperado? ¿Qué haría para apartar de sí los demonios que lo acosaban?

Suspirando, salió al balcón, desde el que podía ver toda la ciudad. Abajo oía el ruido del tráfico y el sol se había puesto, pero seguía sin saber nada de Kardahl. Y el instinto le decía que era algo más que haber perdido al amor de su vida.

Suspirando de nuevo, volvió a la suite. Estaba rodeada de lujos, pero no servían de nada. Nada podía borrar la agonía que sentía por dentro. Y se dio cuenta de que ningún lujo habría importado durante aquellas noches, cuando esperaba el regreso de su madre.

El dinero no habría aliviado la ansiedad, el miedo que sentía mientras se preguntaba en qué condiciones volvería o si volvería. No la habría ayudado cuando su madre volvía borracha o cuando el hombre del momento, en el que había puesto todas sus esperanzas, la había abandonado una vez más y Jess tenía que abrazarla mientras lloraba. No serviría de nada.

En ese momento oyó que se abría la puerta y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Kardahl —murmuró.

Él se dejó caer en el sofá, pasándose las manos por la cara.

No sabía si había sido ver a aquellos recién nacidos lo que había despertado esa reacción, pero el instinto le decía que debía consolarlo, tocarlo, hacerle saber que no estaba solo.

—Kardahl, ¿qué ha pasado?

Él se encogió de hombros.

—No quiero hablar de ello.

—Pues lo siento, pero yo sí.

—Déjame, Jessica.

—No —insistió ella, pasándole un brazo por los hombros—. No tienes que hablar. Sólo quiero que sepas que estoy aquí. No pienso irme a ningún sitio.

Él volvió la cabeza. Estaban tan cerca.

—Jessica.

Sin pensar, con la idea de consolarlo, Jess acercó sus labios a los suyos. No sabía lo que estaba haciendo, sólo sabía que debía ofrecerle su compañía, su calor.

Kardahl tiró de ella para sentarla sobre sus rodillas, enterrando la cara en su cuello. Y Jess buscó sus labios de nuevo. Sentía la desesperación que había en aquel beso y no se apartó, todo lo contrario. Apretó su pecho contra el torso masculino para estar más cerca.

– Te deseo – dijo Kardahl con voz ronca.

Luego la tumbó en el sofá y empezó a desabrochar los botones de su blusa, enterrando la cara entre sus pechos, acariciándolos con la lengua.

Y entonces lo supo. Aquello era lo que había estado esperando, que un hombre le hiciese perder la cabeza, que le hiciera olvidarse del pasado, de sus miedos, de todo. Sentir tal pasión que nada en la tierra importase.

– Te deseo – murmuró Jess, mirándolo a los ojos. Ésa era su respuesta.

Aunque pudieran condenarlo al infierno dos veces. Kardahl sabía que no sería castigo suficiente por lo que había hecho. No sólo había roto su promesa de no tocar a su esposa, sino que le había robado su virginidad.

¿Cómo era posible que no hubiera estado nunca con un hombre? Jessica era tan preciosa Y se había entregado a él tan pura como la nieve.

Hipnotizado por las manchas que acababa de ver en la sabana, se maldijo a sí mismo en varios idiomas. Era un bastardo, el seductor sin escrúpulos que describían las revistas. Un hombre mejor no habría saboreado su piel desnuda. Un hombre mejor no la desearía de nuevo, pero Jessica le había dicho más de una vez que él no era ese hombre.

Kardahl giró la cabeza al oír la puerta del baño. El cuerpo perfecto que había memorizado por la noche estaba ahora envuelto en un albornoz de algodón blanco.

– ¿Por qué no me habías dicho que eras virgen?

Jess lo miró, sorprendida.

– Para algunos hombres haberse acostado con una virgen sería un éxito – sonrió ella –. Pero tú lo dices como si fuera un pecado. Te prometo que no es contagioso, no te preocupes.

– Eso no es Estás tergiversando mis palabras. ¿Por qué no me dijiste algo antes de que fuera demasiado tarde?

Recordaba haberla deseado más que a nada, recordaba cómo necesitaba estar dentro de ella. Recordaba también un leve gemido de dolor por su parte, pero pensó O, más bien, no pensó en absoluto.

– ¿Demasiado tarde? ¿Quieres decir que lo lamentas? Supongo que esperabas que tuviese más experiencia.

– No es eso lo que quería decir.

– Pues debo decirte que ha sido un poco decepcionante para mí. No entiendo por qué la gente exagera tanto el asunto.

¿Cómo podía explicarle Kardahl que lo que le había dado era un regalo excepcional? Y tenía razón. La mayoría de los hombres, idiotas que eran, estarían encantados por haber sido el primero. Pero todo era mucho más complicado que eso.

Kardahl vio un brillo de tristeza en sus ojos y supo que no estaba llevando aquello como deseaba. Aunque no era del todo culpa suya.

— Con la pertinente información, hay cosas que un hombre puede hacer para que la primera vez sea más fácil, más satisfactoria. Si me lo hubieras dicho.

— ¿Estás diciendo que tenemos que comunicarnos más? Pues yo le digo lo mismo.

— ¿Perdona?

— Que tienes mucho que explicarme.

— No te entiendo.

— Ayer ¿por qué te fuiste del hospital de esa manera?

— No quiero hablar de eso.

— ¿Lo ves? Tenemos un problema de comunicación.

— ¿Qué quieres decir?

— Yo no quería contarte que no había estado nunca con un hombre y, sin embargo, hemos hablado de ello.

— No hemos hablado de nada. No me has dicho porque me has reservado el honor de ser el primero.

— ¿El honor? Pues no actúas como si te sintieras honrado. Pero estás cambiando de tema. ¿Por qué te fuiste del hospital sin decir una palabra al ver a los niños?

Kardahl cerró los ojos, pero Jessica apretó su brazo.

— Tienes que hablar de ello.

— ¿Por qué? ¿Para qué recordar algo sobre lo que no puedo hacer nada?

— No puedes cambiarlo, ya lo sé. Pero si no te enfrentas a los problemas el dolor se vuelve insoportable como una herida infectada. Tienes que sacar el veneno. Kardahl. Habla, cuéntalo todo. Si lo haces, un día el dolor desaparecerá.

— Una herida tan profunda no puede curar nunca.

— No lo sabrás a menos que lo intentes.

Kardahl se dio la vuelta y fue hacia la ventana, pensativo.

— Antonia estaba embarazada.

— ¿Iba a tener un hijo tuyo?

— Sí.

— ¿Tu familia lo sabía?

Él negó con la cabeza.

– Yo iba a contárselo, pero luego ya no había necesidad de hacerlo.

– No sólo perdiste al amor de tu vida. También perdiste a tu hijo – murmuró Jess, desolada.

– Estaba embarazada de tres meses. El niño era ya algo real para mí. Esa noche, la noche del accidente, estábamos hablando de nuestra boda.

– ¿Pensabas ir en contra de la tradición?

– Eso me daba completamente igual – contestó Kardahl –. Pero después de perderlos, sólo deseaba que nadie más volviera a importarme de esa forma.

Lo fotografiaban con mujeres todo el tiempo, pero nunca había dejado que nadie tocara su corazón. Hasta conocer a Jessica había tenido éxito en esa tarea, pero ella estaba haciéndolo sentir otra vez. Eso no significaba que tal comportamiento debiera ser animado y no pensaba hacerlo. Querer a alguien era el camino más fácil para sufrir.

– Kardahl, no sé qué decir. Es terrible.

– Es el pasado.

– Sí, pero tu expresión al ver a esos niños estaba preocupada por ti.

– Lo siento, no quería preocuparte.

– No quería decir eso. Estaba preocupada por lo que estarías sufriendo.

Kardahl se apartó cuando Jessica intentó tocarlo. No podía acercarse más a ella, no podía quererla.

– Deberíamos preocuparnos por lo que vamos a hacer ahora. Supongo que te darás cuenta de que esto es un problema. Ya no podemos anular el matrimonio.

– Ah, claro, se me había olvidado.

Hasta aquel momento, también lo había olvidado él. Había perdido la cabeza, consumido por la pasión que sentía por Jessica. Era como una fuerza de la naturaleza, como intentar caminar bajo un ciclón.

– ¿Qué vamos a hacer? Supongo que tendremos que divorciarnos.

– Los asuntos legales serán un poco más complicados, me temo.

– Si estás hablando de una pensión o algo así, olvídalo – dijo Jess –. Te aseguro que no quiero nada. Te agradeceré toda la vida que hayas estado a mi lado en este momento eso no tiene precio. Así que no entiendo porque tiene que ser más complicado que un simple divorcio. Ninguno de los dos va a...

– ¿Y si estuvieras embarazada?

Jess lo miró, perpleja.

– No, eso no puede ser.

– Ha sido culpa mía. Ni se me ocurrió pensar en ello anoche.

– Sólo fue una vez.

– Una vez es suficiente – dijo Kardahl.

– Sí, bueno ya lo sé, pero ¡no me lo puedo creer! – exclamó Jess—. Soy el perfecto ejemplo de la mujer idiota que no cree que pueda quedarse embarazada la primera vez.

– Entonces...

– Entonces...

– Si estuvieras embarazada...

– No – lo interrumpió ella—. No hay ningún niño. El destino no podría ser tan cruel.

Capítulo 10

Una semana después, mientras la limusina la llevaba hasta el barrio donde vivían sus abuelos, Jessica se llevó una mano al abdomen y rezó para que lo que sentía fueran sólo nervios agarrados al estómago. Era demasiado pronto para saber si estaba esperando un hijo.

Eso no significaba que no quisiera tenerlos... algún día. Pero ella siempre había jurado no cometer los mismos errores que su madre y ahora...

Antes de tener un niño quería estar enamorada, quería casarse. Bueno, las románticas como ella querían estar enamoradas y punto. Pero mientras esperaba el regreso de sus abuelos, Kardahl había desaparecido de palacio y eso, seguramente, era lo mejor. Porque no había sido sincera cuando le dijo que el sexo no había sido tan satisfactorio como esperaba. Y cuando recordaba lo que había dicho, que había cosas que un hombre podía hacer para que fuera más satisfactorio.

Jess sintió un cosquilleo en los pechos al pensarlo. Y por eso su ausencia había sido un alivio. No confiaba en sí misma si estaba a solas con Kardahl otra vez.

También había tenido mucho tiempo para analizar la situación. Jess había crecido sin la influencia de un padre, sin el amor incondicional de un padre. Y quizá nunca lo había echado de menos. Pero una cosa era no echar de menos el afecto de un padre y otra crecer preguntándose por qué tu padre no era capaz de quererla en absoluto. Sabía que Kardahl no la querría nunca como había querido a Antonia y eso podría soportarlo. Era una adulta. Pero no podría soportar que no quisiera a su hijo.

Lo más frustrante era que no podía culparlo. Después de la tragedia de perder a la mujer de su vida y a su hijo era lógico que se portara como lo hacía. Todo era mucho más fácil cuando lo creía un seductor, desde luego. Pero ahora pensaba lo contrario y había aprendido a respetarlo.

Y a amarlo.

Cuando el coche entró lentamente a través de las puertas de seguridad y la palaciega mansión de estuco blanco apareció ante sus ojos. Jess echó de menos su sólida y consoladora presencia.

Durante toda su vida había querido tener abuelos que la mimasen y estaba a punto de hacer su sueño realidad. Bueno, al menos iba a conocerlos. Lo de que la mimasen no era tan importante ahora como cuando tenía diez años.

Apenas había salido de la limusina cuando una pareja mayor salió a la puerta a recibirla.

La mujer era una combinación de Aminah y Janan y, seguramente, de su propia madre. Jess sintió que las piezas perdidas de su alma se unían cuando reconoció sus ojos pardos unos ojos llenos de lágrimas.

— Abuela.

Como con sus dos tías, su abuela le abrió los brazos y Jess se echó en ellos, experimentando una increíble sensación de paz. Su abuelo la abrazó después, intentando disimular la emoción.

– Soy Esam. Y ella es Leena. Bienvenida a casa, hija.

– Gracias. He soñado toda mi vida con este encuentro.

– Nuestras oraciones han sido escuchadas – dijo su abuela –. Vamos dentro, Jessica.

El espacioso interior de la casa era fresco y sereno. El suelo de la entrada era de mármol y había una escalera que llevaba al segundo piso. En el salón, la sentaron en un elegante sofá blanco, mirándola los dos como si no pudieran apartar los ojos de ella.

– No sé por dónde empezar.

– Empieza por el principio – sugirió su abuelo, sentándose a su lado.

– Nací el día dos de diciembre en un hospital de Los Ángeles.

Jess les contó una versión de la verdad, evitando la peor parte. Pero cuando les contó que la habían llevado a un orfanato, su abuela no pudo contener las lágrimas.

– Si hubiera sabido...

– No pienses en eso, abuela. Háblame de mí madre. De cómo era antes de que yo naciera.

– Maram era una chica muy obstinada – empezó a decir Leena –. Demasiado guapa. Testaruda, divertida.

– Era la más lista de las tres – dijo su abuelo.

Jess miró de uno a otro.

– Pero la tía Janan es médico. Y la tía Aminah está casada con el Líder de su tribu. Mi madre.

– Tu madre se escapó de casa y aún no sabemos por qué. Era la más joven, nuestra joya. Una niña tan preciosa.

– Aún la echamos mucho de menos todos los días – dijo su abuelo –. Tú te pareces mucho a ella.

Jess se preguntó si el parecido sería sólo físico. Porque esperaba no repetir los errores de su madre.

– Háblanos de Maram. ¿Qué le pasó?

Ella no quería contarles la triste verdad. Aún no.

– Era una buena madre. Cada noche, cuando me metía en la cama, me contaba historias de gente que vivía en el desierto, de un reino muy lejano llamado Bha'Khar y de un hermoso príncipe. Yo pensaba que se lo inventaba, pero resulta que es verdad. Pero se puso enferma y los Servicios Sociales se hicieron cargo de mí. Yo la quería mucho y la echo de menos.

Sus abuelos asintieron con la cabeza.

– No hablemos más del pasado. Dinos qué te parece Bha'Khar.

– Lo que tu abuelo quiere saber es algo sobre el príncipe Kardahl, tu marido.

– Sí, bueno...

– Estábamos en Washington cuando vimos el anuncio de vuestro matrimonio. Hacéis una pareja estupenda. Yo creo que parecías contenta.

¿Era esperanza lo que oía en su voz?

– Tengo entendido que el rey y tú sois los responsables de mi matrimonio con Kardahl.

– Sí, el rey es un gran amigo nuestro. Pensamos que sería ventajoso para las dos familias uniros en matrimonio.

– ¿Así que el rey y tu hacéis de cupidos? – bromeó Jess.

Su abuelo dejó escapar un suspiro.

– No siempre sale como uno espera. Los hijos tienen...

– ¿Sus propias ideas?

– Sí – sonrió su abuelo.

– Pero el destino tiene por costumbre arreglar las cosas – dijo su abuela –. Tú has encontrado el camino de vuelta a Bha'Khar y a la familia que te quiere. El príncipe Kardahl es tu marido y por fin ha sentado la cabeza para alivio de sus padres y, sospecho, del consejo de ministros. Sencillamente, necesitaba una buena razón para casarse. Será un marido bueno y devoto, seguro. Como tiene que ser.

No tanto, pensó Jess. Pero no quería estropear aquella reunión contándoles la verdad. ¿Para qué?

Estuvieron toda la tarde hablando de la infancia de su madre en Bha'Khar. Le contaron también cosas de sus tías, de sus primas y Jess disfrutó inmensamente de sus atenciones. Pero había una cena de gala en palacio y ella seguía interpretando el papel de la esposa del príncipe.

– Me temo que debo irme.

– ¿Tan pronto?

– Tengo que asistir a una cena en palacio.

– Pero volverás a visitarnos, ¿verdad?

– Claro que sí – dijo Jess con el corazón encogido. Porque sabía que cuando volviera a verlos sería para decirles adiós –. Este día ha sido un sueño para mí.

Los ojos de Leena se llenaron de lágrimas.

– Para nosotros también. Y espero que esta sea la primera de muchas visitas.

– Tienes que volver pronto – insistió su abuelo –. Leena su nombre significa ternura. Y mi nombre. Esam, significa protección. Durante muchos años no hemos

podido honrar esos nombres con nuestra nieta, pero estamos deseando hacerlo. Tenemos que compensarte por todos estos años, Jessica. Si necesitas algo, sólo tienes que pedirlo. Lo que sea, cualquier cosa.

Con un nudo en la garganta. Jessica no se atrevió a hablar. Sencillamente los abrazó a los dos tan fuerte como pudo antes de entrar en la limusina.

Cuando se alejaba miró hacia atrás y les dijo adiós con la mano. Ya no estaba sola en el mundo. Tenía una familia. Y le habían ofrecido todo lo que tenían. Pero ni siquiera los abuelos más cariñosos del mundo podrían evitar que se enamorase locamente de Kardahl.

—Kardahl, tenemos que hablar.

Él que estaba sirviéndose una copa de brandy, levantó la cabeza.

—¿Ah, sí? —murmuró, tirando de la corbata para quitársela.

La cena de Estado para el ministro de Economía chino había sido interminable. Sólo Jessica había animado un poco la reunión.

Incluso ahora, especialmente ahora, su pulso se aceleraba sólo con mirarla. El vestido de seda de color esmeralda que la cubría de la cabeza a los pies tenía un escote en la espalda que era un pecado Pero él no pensaba repetir la experiencia. Lo que había hecho era terrible. Había roto su promesa, no la había respetado como prometió. Pero la vergüenza y la culpa no eran suficientes para que dejase de desearla.

—¿Qué querías decirme?

—He visto a mis abuelos esta tarde.

—Y veo por tu expresión que todo ha ido bien.

—Sí, muy bien. Son maravillosos. Todo ha ido mejor de lo que esperaba.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Jess con su característica honestidad.

—El tiempo que necesites.

—Ahora que los he conocido, el comportamiento de mi madre me parece más extraño. Son dos personas maravillosas, ¿por qué pensaría mi madre que no podía acudir a ellos cuando quedó embarazada?

—No puedo contestar a eso —dijo el—. Nadie puede, supongo. Y me temo que nunca sabremos lo que pasó.

—Sí, ya.

—Pero debes dejar de pensarlo, Jessica. Ahora tienes a tus abuelos, a tus tías. Lo importante es la relación que mantengas con ellos.

—Lo sé, lo sé. De eso era de lo que quería hablarte.

– No te entiendo.

– No me queda mucho tiempo para estar con ellos. Mi objetivo era conocerlos y ya lo he conseguido. Ahora tengo que encontrar la manera de decirles adiós. Es hora de volver a mi país.

Esas palabras dejaron a Kardahl sin aire en los pulmones. Había sabido desde el principio que ella se marcharía, naturalmente. Pero aun así...

– No puedes irte – dijo, si pensar.

– ¿Ah, no? Pensé que habíamos llegado a un acuerdo.

– Todo eso cambió cuando nos acostamos juntos. Por deseo de los dos.

– ¿Estás diciendo que no puedo marcharme a mi país porque podría estar embarazada?

– Podrías estar embarazada y el niño sería nieto de un rey.

– Pero no estoy embarazada – protestó ella.

– ¿Estás segura?

– Casi.

– Me temo que eso es inaceptable.

– ¿Cómo? Lo que es inaceptable es tener un hijo con un hombre que nunca podría quererlo.

– ¿Era a eso a lo que te referías cuando dijiste que el destino no podría ser tan cruel?

– Exactamente – contestó Jess—. Tú mismo has dicho que nunca podrías querer a nadie. Y ese no es el ambiente ideal para criar a un niño. Yo lo sé muy bien, Kardahl. Mi madre me quería, pero quería más a la botella. Cuando tenga un hijo quiero que sea el fruto del amor entre su padre y yo. Y tú no eres capaz de entender eso. Lo comprendo, de verdad. Sé que has sufrido mucho, pero la vida ha seguido adelante y tú te has quedado estancado.

¿Tendría razón? ¿Estaría su corazón envenenado contra el niño que Jessica podría llevar dentro? Kardahl no sabía que pensar. Pero sí sabía que no podía dejarla ir. Así no. Aún no.

– Jessica.

– No puedes hacer que cambie de opinión. No hay nada que puedas decir.

– El niño, si existe, estaría en la línea de sucesión al trono de Bha'Khar. Y tenemos la obligación de enseñarle Las responsabilidades y las obligaciones.

– Ése es un golpe bajo – protestó Jess.

– Yo no puedo cambiar las circunstancias de mi nacimiento, como no puedes hacerlo tú.

– Sí, claro, lo entiendo. Muy bien, tú has ganado este asalto. Me quedaré en el país hasta que sepa si estoy embarazada o no.

Kardahl la miró, aliviado.

— Estupendo.

— Pero me voy a vivir a casa de mis abuelos. Si la prensa se entera, diles que necesito estar con ellos para conocerlos un poco mejor o algo así. O cuéntales otra cosa, me da igual. Lo último que quiero es causaros problemas a ti y a tu familia.

Kardahl frunció el ceño. Él prefería que residiera en palacio, a su lado. Además, tenía que ser así. La idea de casarse con ella era rehabilitar su imagen ante la prensa. Pero si sólo fuera eso, no sentiría aquella opresión en el pecho.

No quería que Jessica se fuera. Pero si no estaba embarazada, no sabía qué hacer para que se quedase en Bha'Khar.

Capítulo 11

Si Kardahl hubiera dicho que le importaba, que sentía algo por ella, se habría quedado en palacio mientras esperaban para saber si estaba embarazada o no. Pero no había dicho nada de eso.

En realidad, no lo entendía. Le había dicho que no quería que volviera a su país y, mientras lo decía, en sus ojos había un brillo que no le pasó desapercibido. Pero luego había usado la excusa de que podría estar embarazada como razón para pedirle que se quedara.

Y no protestó cuando ella dijo que se iría a casa de sus abuelos, pero unas horas más tarde allí estaba, escoltándola en la limusina.

—¿Has hablado con ellos? Después de todo, tus abuelos son responsables de nuestro matrimonio. ¿Aprobarán ellos que dejes a tu esposo?

—Mi abuelo es muy protector. Y mi abuela me dijeron que sí necesitaba algo sólo tenía que pedirlo. Así que no creo que sea un problema.

Kardahl asintió con la cabeza pensativo.

—Quizá eres como tu madre.

—¿Cómo?

—Que estás escapando, como ella.

Jess., furiosa, salió de la limusina y tuvo que contenerse para no cerrar de un portazo. ¿Cómo podía decirle eso?

Pera, ¿sería cierto? ¿Estaría huyendo como lo hizo su madre?

Tuvo que contarles la verdad a sus abuelos para explicar su presencia allí. Bueno, no toda la verdad. Les dijo que Kardahl y ella tenían cosas que resolver que habían tenido una discusión. Sus abuelos, muy discretos, decidieron no preguntar. Y aprovecharon el tiempo para hablar de su madre.

—Supongo que no acudió a nosotros por orgullo. O por vergüenza —suspiró su abuela.

—Según la carta que me envió, mi padre era un diplomático.

—Maram lo conoció aquí, en casa, durante una fiesta. Él estaba lejos de su casa y ella era tan joven y tan guapa...

—Y se quedó embarazada.

—Así es —suspiró su abuela—. Nosotros no lo supimos hasta más tarde, claro. Hasta que fue demasiado tarde.

—¿Hablasteis con mi padre?

– Por supuesto. Él nos contó que Maram estaba embarazada, pero que él le había dejado claro que no pensaba dejar a su mujer.

– Que canalla.

– Desde luego – asintió su abuela, con los ojos empañados.

– ¿Y se quedó aquí, en Bha'Khar?

– Nos robó a nuestra hija y nosotros le robamos su trabajo. Fue expulsado del cuerpo diplomático. No estoy nada orgullosa de ello, pero...

– Entiendo – dijo Jess, pensativa –. Considerando todo lo que pasó, es sorprendente que seáis tan amables conmigo.

– ¿Por qué dices eso?

– Soy la hija del hombre que destrozó la vida de mi madre.

– ¿Y qué culpa tienes tú, cariño?

Jess se quedó pensativa.

– ¿Mi madre era muy romántica?

– Sí, lo era. Amaba con toda su alma, pero no de una forma sensata.

– ¿Tú crees que soy como ella?

– No puedo saberlo. Pero veo que estás preocupada por algo, Jessica. Soy vieja, pero no estoy ciega.

Jess dejó escapar un suspiro.

– Como no he querido quedarme en el palacio, Kardahl me ha dicho que soy como mi madre. Que estaba huyendo como ella.

– ¿Huyendo de qué? Tu madre nos dejó porque temía haber avergonzado a su familia. Pero Kardahl y tú estáis casados. A tu madre le robó el corazón un hombre que no era libre. Se enamoró, pero ese amor estaba condenado desde el principio.

Esas palabras no hicieron que Jess se sintiera mejor. Debido al trágico pasado de Kardahl, también su amor por él estaba condenado desde el principio, como el de su madre.

– Pero cuando hablas de huir ¿te refieres a volver a Estados Unidos?

– Tengo un trabajo allí – admitió Jess –. Trabajo con niños que me necesitan.

Su abuela asintió con la cabeza.

– Recuerda una cosa, hija. Puedes irte de Bha'Khar, pero si no solucionas tus problemas te los llevarás contigo.

Jess abrazó a su abuela y lloró en silencio. Había ido allí a buscar a su familia y la había encontrado. No había buscado amor, pero lo había encontrado también.

Al menos tenía a alguien que la abrazase mientras lloraba. Era, definitivamente, el peor y el mejor de los tiempos.

* * *

Desde que supo que Jessica había llamado para decir que iba a pasar por su despacho, Kardahl era incapaz de concentrarse en nada. Y no era algo nuevo, sino algo a lo que empezaba a acostumbrarse. En cuanto pensaba en Jessica, todo lo demás dejaba de tener importancia. Llevaba varias semanas sin verla, sin hablar por teléfono con ella siquiera. Y esa distancia lo estaba matando.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que su secretario tuvo que carraspear.

– ¿Perdona?

– Ha llegado su esposa.

El corazón de Kardahl dio un vuelco. Y tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz sonara normal.

– Muy bien. Dile que pase.

Le pareció una eternidad hasta que la puerta se abrió y vio su cara, una cara que empezaba a serle tan extrañamente querida.

– Hola. Bonito despacho.

– Gracias. ¿Ahora te has convencido de que trabajo como todo el mundo?

– Me había equivocado, sí. Y es la última vez que lo digo – sonrió Jess.

– Muy bien. Por favor, siéntate.

– Gracias – dijo ella, muy formal.

– ¿A qué le debo este honor?

– Bueno, verás, he pensado que debía decirte esto en persona.

– ¿Estás embarazada?

– No.

– ¿No?

– No – repitió Jessica.

– Entiendo.

– Pensé que eso te aliviaría.

– Sí, bueno.

– Es un obstáculo que nos hemos quitado de en medio.

– ¿Un obstáculo?

– Para la disolución de nuestro matrimonio, claro. Como ya no puede haber anulación, tenemos que empezar con la solicitud de divorcio.

Kardahl la miró, atónito. Había esperado que cambiase de opinión pero, evidentemente, estaba equivocado.

– ¿Has hablado con tus abuelos?

—Sí, los pobres se han llevado una desilusión. Esperaban que me quedase en Bha'Khar, pero lo que quieren es que sea feliz.

—¿Y estás segura de que no podrías ser feliz aquí?

—Contigo —aclaró ella.

—Sí, conmigo. Yo te respeto y siento un gran afecto por ti.

Jess intentó que la desilusión no se reflejase en su rostro.

—Yo también te respeto, Kardahl. Y eso es decir mucho considerando la opinión que tenía de ti cuando llegue.

—Me alegro. La vida aquí podría ser muy interesante. Podrías dedicarte a causas que te interesan, como mejorar la educación de los niños del desierto. Y hay otros niños en Bha'Khar que se beneficiarían mucho de tu experiencia.

Ella negó con la cabeza.

—No es suficiente.

—Pero esas causas son importantes —insistió Kardahl—. Podrías...

—No me refiero a eso. No es suficiente para mí, para mi vida personal. Yo soy una romántica empedernida, Kardahl. Como mi madre. Durante toda mi vida he soñado con perder la cabeza por un hombre. Por el hombre de mis sueños —Jess rió, nerviosa—. Sé que parece una tontería, pero es la verdad. Y no pienso aceptar menos.

Kardahl no sabía que decir. Al principio todo había parecido tan sencillo. Se ayudarían el uno al otro, se harían compañía. Pero eso había sido antes de conocerla. Antes de desearla. Antes de amarla. No, eso no.

Pero no podía decir las palabras que la harían quedarse en Bha'Khar. Ni siquiera se atrevía a pensarlo. Eso sería tentar al destino. El mayor sufrimiento de su vida había sido precipitado por el amor y no quería volver a experimentar un dolor tan grande en toda su vida.

—No pienso aceptar el divorcio —dijo entonces.

—Muy bien, no me dejas más opción que contratar a un abogado, uno que esté especializado en Derecho Internacional.

—¿Es una amenaza?

—No, Kardahl. Los dos sabemos que será muy fácil. Yo firmé el contrato de matrimonio por poderes sin saber lo que firmaba.

—¿Tan infeliz has sido en Bha'Khar? —preguntó él entonces.

Jess vaciló durante un segundo.

—Ése no es el asunto. Tú has dejado claro que no puedes amarme y no imaginas cómo he deseado que fuera diferente. Y cuánto lo siento por ti. Negarte a amar es una falta de respeto a la memoria de Antonia y a la del niño que no vivirá nunca excepto en tu recuerdo.

La verdad de sus palabras penetró de tal forma en su corazón que Kardahl hizo un gesto de dolor.

—Jessica, yo...

Ella se levantó de golpe.

—La cuestión es que tu corazón está muerto. Y yo no pienso estar atada a un hombre que no puede quererme. Ésa no es la vida que quiero.

Kardahl miró los papeles del divorcio. Sólo había pasado una semana desde que Jessica estuvo en su despacho, sentada delante de él, diciendo que no pensaba estar con un hombre que no podía amarla.

Un hombre que no podía amarla...

En ese momento sonó el intercomunicador.

—¿Sí?

—Su hermano está aquí, alteza.

—Hágalo pasar.

¿Su hermano Malik? ¿De qué querría hablar?, se preguntó.

—Padre me envía para hablar contigo —dijo su hermano a modo de saludo—. Estás pidiendo mucho dinero. Kardahl.

—Sí, pero se gastará en un programa que ha estado abandonado durante mucho tiempo. Demasiado.

—Ésta es la primera vez que muestras verdadero interés por algo en mucho tiempo.

—Ya es hora, ¿no te parece?

—Últimamente has estado concentrado en tu esposa. ¿Debo pensar que es ella quien ha conseguido que te intereses por el trabajo de Estado?

—Eso da igual. Lo importante es que esta dotación es necesaria.

—Estoy de acuerdo, pero tú eres el ministro de Finanzas. Depende de ti convencer a padre para que cambie de opinión —Malik apoyó los codos en el escritorio, con una sonrisa en los labios—. Tú mejor que nadie sabes que tiene en alta estima las tradiciones de la tierra en la que nació.

—A veces hay que sacudir las tradiciones —murmuró Kardahl—. Y estoy dispuesto a hacerle cambiar de opinión.

—¿Y también estás dispuesto a perdonarlo?

—Si —suspiró Kardahl—. Ya no estoy enfadado con él.

Malik asintió con la cabeza.

—Supongo que Jessica también es responsable de eso.

– En cierto modo.

– O sea, que estás dispuesto a convencer a padre para que apruebe esta dotación millonaria pero no eres capaz de convencer a tu mujer de que siga casada contigo.

– Los dos asuntos no tienen nada que ver. Jessica siempre ha querido una relación romántica y no quiere aceptar otra cosa – replicó Kardahl –. Y yo me niego a amar de nuevo.

– Pero la verdad es que la amas, ¿no?

Kardahl miró a su hermano, sin saber que decir.

– Sí – le confesó por fin.

– Pues entonces convéncela de que la quieres. Convéncela de la ternura de tus sentimientos por ella.

– Se lo he demostrado de todas las maneras posibles.

– Sí, bueno, pero tienes cierta reputación con las mujeres que...

– No hables de eso.

– Déjame terminar – dijo Malik –. Sólo estoy sugiriendo que hagas lo que mejor sabes hacer: cortejarla. Como yo pienso hacer con mi futura esposa.

– ¿Qué hago, enviarle flores, invitarla a cenar a la luz de la luna? Jessica no quiere saber nada de los métodos corrientes de seducción. Es una mujer diferente.

– Pues entonces encuentra un método diferente – sonrió su hermano –. Si la quieres, debes decírselo.

– No puedo.

– Qué tontería.

– No puedo hacerlo, Malik. Estaría tentando al destino. La última vez que le dije esas palabras a una mujer, la perdí.

– Y perderás a Jessica si no se las dices.

Kardahl miró a su hermano, pensativo. Tenía razón. Si no le decía a Jessica que la amaba la perdería para siempre. Y eso era algo que no podía soportar. La idea de no volver a verla...

Tenía que hacer algo que la convenciera de sus sentimientos.

Sólo esperaba no haber descubierto la verdad demasiado tarde.

Jessica, emocionada, entró en el salón de baile de palacio. Estaba lleno de gente, los hombres con esmoquin, las mujeres con preciosos vestidos de noche. Ella se había puesto un vestido negro de satén con escote palabra de honor y sus abuelos le habían dicho que estaba preciosa. También ellos estaban por allí, con sus amigos, el rey y la reina de Bha'Khar, que pronto serían sus ex suegros.

Cuando Kardahl la llamó para invitarla a aquella última función palaciega. Jess decidió aceptar. Pero no sólo por quedar bien sino porque estaba enamorada y quería verlo una vez más antes de volver a Estados Unidos.

Tontamente había pensado que si Kardahl le decía que le importaba, que sentía algo por ella, sería suficiente. La última vez que lo vio él le dijo que la respetaba, que la estimaba, pero no había sido suficiente. Ella no quería eso, lo quería todo. Quería el amor, el amor de verdad, el amor loco. Quería la luz de la luna y las palabras tiernas.

– Buenas noches a todos.

Jess se volvió al oír su voz. Kardahl estaba sobre el escenario, con un micrófono en la mano.

No volvería a oír nunca esa voz. pensó entonces, intentando disimular la increíble tristeza que eso le producía.

– Mis padres, mis hermanos y yo os damos las gracias a todos por venir – siguió diciendo Kardahl –. Alguien a quien estimo y respeto muchísimo me ha hecho ver que había olvidado nuestro recurso natural más precioso. Pero eso terminará esta noche. El rey ha aprobado una dotación especial para la educación de los niños de Bha'Khar. Y yo, personalmente, me encargaré de distribuir esos fondos. Pero son las acciones lo que cuentan, lo que muestra la sinceridad del corazón de un hombre. Si no cumplo mi promesa, espero que los ciudadanos de Bha'Khar me hagan responsable por ello.

Los congregados aplaudieron, entusiasmados, pero Kardahl hizo un gesto para que lo dejaran continuar.

– Estamos aquí esta noche para celebrar el orgullo de nuestro país y nuestras tradiciones. Y en nombre del rey y la reina, espero que se diviertan todo lo posible. Buenas noches.

Jess estaba atónita. Kardahl se había referido a ella. Era ella esa persona a quien estimaba y respetaba.

– Has venido – dijo él, apretando su mano.

– Sí, claro – Jessica tragó saliva –. Veo que has estado ocupado haciendo las paces con tu padre y buscando dinero para los niños.

– El rey y yo hemos llegado a un acuerdo, sí. Después de muchas discusiones ha entendido la importancia de invertir en la juventud de Bha'Khar – sonrió Kardahl.

– Me alegro muchísimo.

La sonrisa de Kardahl desapareció entonces.

– Quiero hablar contigo a solas un momento – dijo.

Tomando su mano para sacarla del salón. Pero en el camino se toparon con un montón de periodistas.

—Alteza, hay rumores de que su matrimonio ha fracasado. ¿Querría comentar algo al respecto?

—Alteza, hemos oído su discurso. ¿Fue su esposa quien lo convenció para hacer esa dotación especial?

—Es asistente social en Estados Unidos, ¿no? ¿Puede confirmar que creció en un orfanato?

—¿Es cierto que su madre era alcohólica?

Kardahl tomó a Jessica por la cintura, en un gesto protector.

—Mi esposa es la mujer más maravillosa del mundo. Ha conocido la adversidad y, a pesar de todo, es una mujer tan bella por fuera como por dentro.

—¿Querría comentar algo sobre su matrimonio? —preguntó uno de los reporteros.

—Mi esposa me ha hecho pensar mucho —contestó Kardahl—. Y ella es la responsable de que haya dejado de ser un egoísta. Me ha hecho desear ser un hombre mejor, pero no tolerare más intrusiones en nuestra vida privada, ¿está claro?

Antes de que nadie pudiera decir nada, Kardahl tomó su mano y la llevó al jardín.

—¿Quieres sentarte un rato conmigo?

—Sí, claro —murmuró Jess, con los ojos llenos de lágrimas.

—Jessica los periodistas no volverán a molestarte, te lo prometo. No lo permitiré.

Ella negó con la cabeza.

—No lloro por eso.

—¿Entonces por qué lloras?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Vas a hacer lo que te pedí, vas a ayudar a esos niños.

—Pensé que eso era lo que tú querías.

—Y así es. Por eso soy feliz.

—¿Y por qué lloras?

Jess levantó la mirada.

—Porque habrías sido un padre maravilloso, Kardahl.

No tenía nada que perder diciéndole eso. Desde el día que le dijo que no estaba embarazada había tenido mucho tiempo para pensar. El poder del amor, el increíble poder curativo del amor era lo que su madre buscaba una y otra vez. Y por eso debía perdonarla. No había sabido hasta ese momento que no la había perdonado por lo

que le hizo sufrir, pero sintió que la carga de resentimiento desaparecía de su corazón.

Kardahl apretó su mano.

– Me alegra saber qué piensas eso. Pero para ser un buen padre necesito una mujer que sea buena madre.

– Es demasiado tarde, Kardahl. Ya hemos empezado el procedimiento de divorcio quizá estaríamos mejor separados.

– No puedo hablar por ti, pero sé que yo no estaré mejor sin ti. Jessica.

– Pero nosotros...

– Te quiero – la interrumpió Kardahl.

– ¿Qué?

– Podemos divorciarnos si quieres, pero eso no cambiará nada. Te quiero. Jessica. Y te buscare hasta el fin del mundo si hace falta. Te recuerdo que tengo mucha experiencia persiguiendo mujeres.

– Kardahl...

– Esas mujeres no eran importantes, Jessica. Es a ti a quien quiero, es de ti de quien estoy enamorado. Pensé que no volvería a decir estas palabras nunca más, pero tenía que hacerlo. Tenía que decírtelo.

– No me resulta fácil creer.

Kardahl puso un dedo sobre sus labios.

– Créeme, por favor. Tú eres quien me ha devuelto la vida, quien me ha sacado de las sombras. Tú has tocado mi corazón y ahora que he empezado a sentir otra vez no puedo estar satisfecho con la vida vacía que he llevado hasta ahora.

– Oh, Kardahl.

– Si tú no me quieres...

– Pero te quiero. Te quiero.

Kardahl bajó la mirada.

– Me siento muy honrado por tu amor. Y muy agradecido.

Luego clavó una rodilla en el suelo y sacó algo del bolsillo.

– El valor y el espíritu que has demostrado en la vida son una inspiración para mi, Jessica. Este anillo ha pertenecido a mi familia durante generaciones y es perfecto que alguien que sabe tanto de la fragilidad y del valor de la familia lo lleve en su dedo. ¿Me harías el honor de ser mi esposa, Jessica?

– Es el anillo más bonito que he visto en toda mi vida – murmuró ella –. Y ya soy tu esposa.

– Quiero que haya una ceremonia, un intercambio de promesas cara a cara esta vez, delante de nuestros familiares, de todos – sonrió Kardahl entonces –. Quiero promesas de amor eterno. ¿Querías hacer eso por mí?

– Sí, desde luego que sí – sonrió ella.

– Cariño mío, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Jess apoyó la cara en su pecho para escuchar los latidos de su corazón. Una felicidad que no había conocido nunca la invadía por completo.

– Eres un buen hombre. Ahora sé que, sencillamente, perdiste el camino durante un tiempo.

– Y tú me has mostrado el camino de la felicidad.

– Lo mismo digo. Nada me haría más feliz que ser tu esposa y la madre de tus hijos, Kardahl. Juntos podemos hacer que el mundo sea un sitio un poco mejor.

Él asintió con la cabeza.

– Es mi solemne promesa para mi esposa.

Jess, una romántica empedernida, había encontrado el amor verdadero al otro lado del mundo, legitimando así lo que había creído durante toda su vida.

El amor siempre encuentra el camino.

Fin